

OLIVIA KISS

MARIAN Y EL CHICO
DE OJOS AZULES



SERIE FAMILIA REED #1

**MARIAN Y EL CHICO
DE OJOS AZULES**

Sinopsis

Marian siempre ha sido reservada y poco atrevida, pero este año al soplar las velas de su cumpleaños se propone varias cosas: convertirse en una mujer irresistible y segura de sí misma, salir con un chico, hacer algo que le dé miedo y conseguir cumplir su sueño de montar una pastelería en el pueblo.

Lo que no espera es que el encargado de acompañarla en ese camino y de echarle una mano sea Asher, el mejor amigo de su hermano mayor y del que está enamorada platónicamente desde que puede recordar. El problema es que, acercarse demasiado, en ocasiones provoca que salten chispas, pero ¿pueden olvidarse de quiénes son y dejarse llevar a pesar de las consecuencias?

Contenido

[Prólogo](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

Prólogo

(Unos años antes)

La abuela les sonrió a sus nietos, que la miraban suplicantes. Todos parecían ansiosos por conocer su futuro, pero había un brillo especial en los ojos de Marian y algo escondido en el cejo fruncido de Caleb, el mayor de los hijos de los Reed. Las gemelas, que eran las más pequeñas, Agatha y Cassie, no daban la impresión de estar tan interesadas en eso de averiguar qué les depararía la vida a través de unas cartas que parecían tener poco de *magia*, pero se mantenían expectantes tan solo por seguirles el juego a los otros dos.

—Venga, abuela, por favor, por favor... —suplicó Marian.

—No sé si es una buena idea —dijo la mujer con un suspiro.

—Eso es porque no es verdad —protestó Caleb.

—Tú siempre tan incrédulo. —Le revolvió el pelo.

Caleb gruñó por lo bajo, pero no se apartó. Era una tarde de verano y los cuatro hermanos estaban en el porche de casa, alrededor de la mecedora donde su abuela se balanceaba mientras tejía una bufanda para el invierno. Se suponía que la anciana tenía un don para predecir el futuro. A menudo, vecinos o gente de todo el condado se acercaba a la casa de la familia Reed tan solo para que Agnes les tirase las cartas. Ella se negaba a cobrarles, pero, aun así, la mayoría solían traerle regalos o decían estar en deuda con ella.

—Vamos, porfi, abuela —insistió Marian.

—Si vuestros padres llegan a enterarse...

—¡Pero no lo harán! Están de vacaciones.

—Guardaremos el secreto. —Cassie sonrió.

La abuela Agnes miró a sus cuatro nietos, que se mostraban decididos a jugar con el destino. Su hijo y su nuera la habían dejado a su cuidado aquel verano durante una semana para disfrutar por primera vez de unos días de relax a solas en un resort cerca de la costa, pero las normas siempre habían sido claras: nada de leerles las cartas a los chicos. Algo que, en parte, Agnes apoyaba. Sin embargo, su firmeza se tambaleó al ver la desconfianza en el rostro de Caleb y la ilusión en el de Marian, Cassie y Agatha también parecían tan contentas...

¿Qué daño podía hacer un pequeño detallito de nada?

—Está bien, pero algo sencillo. Y ni una palabra de esto.

—Prometido. —Marian dio un par de saltitos, animada.

—Veamos... primero tú, Caleb. —La abuela dejó a un lado la bolsa llena de lana y cogió las cartas que siempre llevaba en el bolsillo de su bata holgada. Las barajó y luego le pidió a él que partiese el montón en dos y eligiese cinco. Les dio la vuelta sobre la mesa, suspiró y se guardó para ella una sonrisa al ver su destino—. Solo te diré una cosa. —Se subió las gafas mientras su nieto esperaba con atención—. Ella tiene el pelo rosa y está destinada a poner tu mundo patas arriba. Ahora tú, Marian.

—¿Y eso es todo? —se quejó Caleb.

—He dicho algo *pequeño*. —La abuela ignoró sus resoplidos y se centró en la siguiente nieta—. Oh, esto es... interesante e inesperado. Un chico de ojos azules...

—¿Y qué más? —Marian estaba emocionada.

—El resto tendrás que descubrirlo tú, cielo.

—Jo, abuela.

—Nada de protestas. Ven, Cassie, elige tus cartas. —Una de las dos gemelas avanzó y cortó el montón con impaciencia—. Vaya, veo a un chico de colores.

—¡Qué divertido! —Cassie sonrió.

—Y por último tú, Agatha, cielo.

Agatha, que era mucho más reservada que su gemela Cassie, miró las cartas con cierta desconfianza antes de suspirar en señal de rendición y elegir las suyas. La abuela las contempló unos instantes con curiosidad y finalmente asintió satisfecha.

—Tatuajes. Veo muchos tatuajes —concluyó.

Media hora más tarde, los cuatro nietos disfrutaban del verano en el jardín de casa, ajenos a la abuela que los observaba con una sonrisa desde su mecedora, después de asegurarse de que no siempre el futuro sería fácil para ellos, pero que todos tendrían al alcance de sus manos el amor, si es que estaban dispuestos a verlo y creer en ello...

Nunca había sido una de esas personas que se proponen muchas metas en la vida. A diferencia de Agatha, que se pasaba el día haciendo listas, tachando objetivos y marcando otros nuevos, yo solía contentarme con lo que *llegase*, algo que ese año estaba dispuesta a dejar atrás de una vez por todas. No sé en qué momento exacto lo decidí, pero el día de mi cumpleaños, cuando mi familia entera se reunió en torno a la mesa y encendieron las velas con el número veintidós, pedí un deseo que en el fondo solo estaba en mis manos: cambiar.

Luego, mientras mi madre cortaba la tarta y Caleb intentaba robar un trozo, pensé en ello. Estaba dispuesta a hacerlo. Llevaba demasiado tiempo siendo una espectadora de mi propia vida, viendo los meses pasar en el calendario que tenía colgado encima de la mesa de mi escritorio y sintiéndome insatisfecha. Contemplé a mi familia y a los pocos amigos que habían venido a mi cumpleaños. Estaba Julia, mi amiga desde la guardería. Mis padres, tan sonrientes como de costumbre. La abuela, sentada con la mirada ausente en una silla. Mi hermano mayor, que la semana anterior nos había anunciado que se marchaba de casa. Asher, el mejor amigo de Caleb y que era casi como uno más de la familia. Y mis hermanas pequeñas, las gemelas, que a sus diecisiete años no dejaban de pensar en lo que harían cuando acabasen el instituto;

Agatha, siempre aplicada, podría entrar en cualquier universidad que se propusiese, mientras que Cassie, mucho más alocada y artística, esperaba triunfar pintando.

¿Y yo? Yo, Marian, la segunda hija de los Reed, esa familia que a los ojos del barrio parecía perfecta, todavía no había hecho nada reseñable en mi vida.

Estaba totalmente bloqueada. Y tenía que despertar.

Para empezar, llevaba años empequeñeciéndome por culpa de esas inseguridades que tenemos a menudo la mayoría de las mujeres: caderas anchas, una timidez irreversible desde que tenía uso de razón, menos centímetros de altura de los que me gustaría y esa sensación de que nunca sería *la mejor* en nada, a pesar de que mi familia llevase años intentando convencerme de lo contrario. Sobre todo, en lo referente a la cocina.

Mi gran pasión era la repostería. Comenzó cuando tenía ocho años y la abuela Agnes se vino a vivir con nosotros. Solía sentarme en la cocina para ayudarla mientras ella preparaba su famoso bizcocho de limón. A diferencia de mamá, que casi había incendiado la cocina varias veces por hacer unos simples macarrones, la abuela tenía mano para esas cosas y yo lo heredé de ella. Con el paso del tiempo, cuando el alzhéimer fue debilitándola, cambiamos los papeles: empecé a cocinar mientras ella me observaba con una sonrisa sentada en la mesa.

—Oh, joder, está de muerte —dijo Caleb chupándose los dedos.

—Como todos los pasteles de Marian —corroboró mi hermana Cassie—.

¿De qué es este? Quiero doble porción —añadió antes siquiera de haberlo probado.

Sonreí satisfecha mientras mi familia disfrutaba del pastel de cumpleaños que había estado haciendo durante toda la mañana. Era de chocolate y galletas, con varias capas de bizcocho que le daban un extra de jugosidad y un glaseado de esponjosa nata.

—Cariño, ten, tu plato. —Mi madre me lo tendió.

—Da igual, no tengo mucha hambre...

Era mentira, claro, pero acababa de soplar las velas con la firme idea de cambiar y meterme cien calorías por cada bocado no parecía un buen comienzo. Quería empezar a verme mejor al mirarme al espejo, ser capaz de perseguir mi gran sueño y, quizá en última medida, encontrar a ese chico de ojos azules que la abuela vio hace años en mi destino.

—¿Por qué no comes?

Asher se dejó caer a mi lado, en el sofá, mientras los demás seguían reunidos alrededor de la mesa. Él llevaba un plato en la mano y, como siempre, me puse nerviosa cuando me miró. Sí, sus ojos eran de un azul intenso y yo había estado años convencida de que era el amor de mi vida, pero por suerte había conseguido dejar esa etapa atrás. Él siempre me vería como a una hermana pequeña y, además, podía conseguir a cualquier chica que le gustase con tan solo chasquear los dedos. No era realista tener esperanzas.

—No me apetece...

—A mí dime la verdad —me cortó.

Suspiré sonoramente, negando con la cabeza.

—Me he propuesto empezar una dieta.

—¿Y tenía que ser hoy, el día de tu cumpleaños?

—Por eso mismo. Quiero que los veintidós sean distintos.

Asher asintió distraído y saboreó el bocado que acababa de llevarse a la boca. Cerró los ojos mientras lo degustaba. Era guapísimo. Siempre lo había sido. Él y mi hermano Caleb formaban un tándem perfecto y llevaban toda la vida siendo el uno la sombra del otro. En el pueblo solían llamarlos antiguamente *los reyes del instituto*, porque cada año ganaba uno de ellos en el baile anual y ningún otro chico de aquel curso pudo competir jamás por el puesto.

Ahora que los dos habían cumplido los veintiséis, las cosas habían cambiado un poco, aunque su fama seguía intacta. Los dos se alistaron en el ejército al terminar el instituto, pero la diferencia es que Caleb volvió cambiado, siendo más hosco y gruñón, mientras que Asher lo hizo de una manera más madura y había abierto un taller mecánico de coches en la zona del centro, ya que siempre habían sido su gran pasión.

Aunque solo me sacaba unos cuatro años edad, siempre lo vi como a alguien *mayor* y él, en consecuencia, me trataba como a una cría. Cuando venía a casa de visita antes de que se marchasen al ejército, se encerraban en la habitación de Caleb y yo, junto a mis hermanas pequeñas, intentaba

espíarlos y escuchar algo a través de la puerta (más de una vez me pillaron haciéndolo). Mis padres lo adoraban, hasta el punto de que llegó a pasar varias vacaciones con nosotros en un camping al que solíamos ir durante el verano. Y, además, era una manera de *compensar* el poco afecto que Asher había recibido por parte de sus progenitores: solía sentirse más cómodo en compañía de los míos que de los suyos propios.

—Vamos, ten un trozo, sé que lo estás deseando —bromeó moviendo el tenedor delante de mi cara mientras sonreía con picardía. Yo negué con la cabeza.

—De verdad que no, gracias.

—Eso de la dieta es una chorrada.

—Las tiendas de ropa no opinan lo mismo.

Asher fijó sus ojos en mi cuerpo y de repente me sentí casi desnuda. Noté que se me calentaban las mejillas: era algo que, por desgracia, me ocurría con frecuencia.

—Yo te veo estupenda. —Se metió otro trozo de tarta en la boca.

—¿Quién quiere jugar al *Scrabble*? —canturreó mamá animada.

—¡Me apunto! —exclamó Agatha de inmediato. Claro, como siempre ganaba...

—Paso. Es un aburrimiento —intervino Cassie.

—Es un aburrimiento si solo sabes perder —bromeó Agatha.

Mis hermanas eran así. Y aunque sí estaban unidas y no solo por ser

gemelas, también eran evidentes sus diferencias, dado que no se parecían absolutamente en nada.

—Chicas, no discutáis. —Era la frase que más repetía mi padre.

Mamá terminó sacando el tablero del *Scrabble* y todos nos sentamos alrededor de la mesa menos Cassie y la abuela. Miré a esta última, que estaba acomodada con gesto relajado mirando por la ventana el jardín trasero de la casa donde siempre habíamos vivido. Hacía ya años que su memoria iba y venía o, mejor dicho, se iba más que lo contrario. Tenía pequeños fogonazos en los que volvía a ser consciente de quién era y de cómo nos llamábamos, pero se pasaba gran parte del tiempo ausente, aunque tranquila. A mí me calmaba saber eso: que al menos no era consciente de que iba olvidando todo cuanto conocía.

Suspiré hondo, sintiendo un pesar en el pecho y me levanté.

—¿No juegas, Marian? —Mamá me miró preocupada.

—Quizá la siguiente partida, empezad esta sin mí.

—¡Pero si es tu cumpleaños! Venga, enana —insistió Caleb.

—Aún me duele un poco la barriga... —mentí de nuevo.

—Está bien, pero contamos contigo para la siguiente —aseveró mamá antes de empezar a poner las fichas sobre la mesa y a formar las parejas para el juego.

Subí a mi habitación y me senté delante del escritorio. Fuera hacía un sol que no era demasiado fuerte para estar ya en pleno junio. Estuve un rato

pensativa, tomando consciencia de que acababa de cruzar la barrera de los veintidós y de que, aun así, todavía no sabía qué hacer con mi vida. O, mejor dicho, lo sabía, pero me daba miedo ir a por ello.

Con decisión, saqué una libreta del primer cajón de la mesa y arranqué una página en blanco. Cogí un bolígrafo y comencé a escribir una lista de todo lo que deseaba hacer ese año con el firme propósito de cumplirlo de una vez por todas. Estaba cansada de ver la vida pasar como una espectadora, pero no formar parte de ello. Así que tracé un punto, luego otro, y después otro más, dándome cuenta de que hasta ese momento no había sido del todo consciente de las cosas que realmente quería hacer, aunque algunas me diesen vértigo.

Estaba tan concentrada en lo que hacía, con la nariz pegada a la hoja de papel sin prestar atención a nada más mientras las risas de mi familia se escuchaban de fondo en el piso inferior, que no me di cuenta de que alguien entraba en mi habitación.

—Montar una pastelería... —susurró la voz de Asher a mi espalda.

—¡Eh! —Me llevé una mano al pecho asustada—. ¿Qué haces aquí?

—¿Qué haces tú? ¿Eso es una lista de propósitos? Déjame ver.

No me dio tiempo a impedirselo. Antes de que pudiese siquiera balbucear palabra, Asher cogió el folio y, con la frente arrugada, empezó a leerlo.

El corazón empezó a latirme muy deprisa.

—¡Oye, dame eso! ¡Es privado!

—Hacer algo que me dé miedo —siguió leyendo.

—¡Asher! ¡Maldito seas! —Salté para intentar quitársela, pero me sacaba más de una cabeza de altura y tenía el brazo extendido en alto con la hoja sujeta entre sus dedos.

—Sentirme sexy alguna vez... —susurró antes de continuar, ignorando mis súplicas y grititos—. Cumplir mi sueño y montar una pastelería...

—¡ASHER! TE JURO QUE...

—Perder la virginidad...

Parpadeó sorprendido y, en ese momento de confusión, pude al fin quitarle la lista de la mano. Me ardía la cara. Creo que nunca había deseado tanto como en ese instante que la tierra se me tragase y eso que era una persona que a la mínima se sentía avergonzada y torpe, incluso cuando no era así. Enfadada, arrugué el papel y lo hice una bola.

Asher parecía estar asimilando lo que acababa de leer.

Se pasó una mano por el pelo rubio y me di cuenta de que era una de las pocas veces en las que lo había visto cohibido e incluso incómodo. Yo me sentía igual.

—Lo siento, no pensaba que sería...

—¿Algo personal? ¡Te lo estaba gritando!

—Perdona. —Me miró con esos ojos azules que siempre conseguían derretirme, pero que, en esos momentos, no tuvieron el mismo efecto—. Marian...

—¿Puedes irte? Creo que prefiero estar a solas.

Necesitaba calmarme y quería que el rubor de las mejillas desapareciese, porque que siguiese ahí mirándome no hacía que me sintiese mejor. Solo Julia, mi mejor amiga, sabía que seguía siendo virgen. Creo que incluso mis hermanas pensaban que había tachado ese punto de la lista años atrás, durante los meses en los que salí con Malcom el último año del instituto, pero no había sido así, porque nada sucedió como debía y todo se terminó torciendo... y después de aquello me había sentido demasiado insegura como para dar el paso o incluso relacionarme como antes con chicos; era algo que me costaba horrores.

Vi que Asher abría la boca para decir algo, pero al final se lo pensó mejor y me dirigió una última mirada de disculpa antes de darse la vuelta y marcharse.

Cuando se fue, le puse el pestillo a la puerta.

Me dejé caer en la cama de mi habitación.

Feliz veintidós cumpleaños, pensé con ironía.

Una semana más tarde, seguía sin poder dejar de pensar en esa lista que estaba hecha una bola de papel arrugada al fondo de la papelera de mi habitación. Era sábado por la noche y estaba sentada frente a una mesa en uno de los pocos locales del pueblo que abrían hasta tarde, con Julia a mi lado poniéndole ojitos al camarero que acababa de servirnos dos cervezas. Yo le di un trago a la mía sin demasiadas ganas y miré a mi alrededor; todo era siempre un poco igual, es lo que suele ocurrir en los lugares pequeños: mismas caras conocidas, mismos lugares de encuentro, mismos fines de semana rutinarios.

—Hoy pareces un poco distraída —dijo Julia.

—Sí. Pensaba... en mi cumpleaños...

—¡Oh, vamos, Marian, olvídale ya!

Supe que se refería al episodio que había pasado con Asher y negué rápidamente con la cabeza. Se lo había contado poco después, cuando terminó la partida al *Scrabble* y al bajar vi que él ya se había ido con mi hermano Caleb. Casi mejor, porque preferí haber evitado la incómoda despedida delante de toda mi familia; mamá tenía un don para poder notar a kilómetros de distancia cuándo había ocurrido algo insólito. En el fondo seguía sin poder quitarme de la cabeza la vergüenza que me daba que él, justamente él, hubiese leído aquello, pero no se lo dije a Julia, porque sabía que probablemente no lo

entendería. Por suerte, no había vuelto a verlo. Caleb se había marchado a mediados de semana y, por lo visto, Asher y él debieron de verse antes, porque no fue a decirle adiós a la estación de tren.

—No, no me refería a eso. —Di otro trago—. Es que, más allá de que Asher leyese la lista, no dejo de pensar en lo que había escrito en ese papel. Quizá deba recuperarlo.

—¿Te has propuesto cumplir todos esos puntos?

—No, todos no, seamos realistas. Pero alguno... —Me mordí el labio inferior con indecisión; según mi hermana Cassie, siempre hacía eso, dudar constantemente de mí misma. Claro, para ella, segura y fiel a sus ideas, era fácil decirlo—. No quiero quedarme toda la vida de brazos cruzados viendo cómo los años van pasando.

—Lo sé.

Julia dejó de mirar al camarero y se puso seria.

—Además, odio mi trabajo.

—Y con razón...

Tan solo me ocupaba media jornada, pero, aun así, cada día me costaba más sonreírles a los clientes, aunque, por supuesto, ellos no tenían la culpa de que mi jefa fuese idiota. Cuando me ofrecieron el puesto en una de las cafeterías más céntricas del pueblo, recuerdo que salté por todo el salón de casa, porque el trabajo escaseaba en aquella época y, además, pensé que sería la oportunidad perfecta para aprender más y poder ensayar algunas recetas.

Nada más lejos de la realidad. Pronto descubrí que todo, absolutamente todo lo que servían en ese local estaba congelado. Tenían tantas cámaras frigoríficas que apenas cabía nada más. Los muffins, las porciones de pasteles, las trenzas de chocolate y los cruasanes rellenos... cualquier producto que ofreciesen era comprado a unos grandes almacenes de repostería. Así que me limitaba a servir cafés y a soportar los gritos de mi jefa que, al parecer, estaba en pleno proceso de divorcio y pagaba su mal humor con cualquier persona o ser vivo que cometiese la atrocidad de pasar por su lado.

—El problema es que no sé ni por dónde empezar. —Lancé un suspiro cansado y negué con la cabeza—. No creo que sea tan fácil volar por mi cuenta. Y, además, apenas tengo un poco de dinero ahorrado. Necesitaría un plan de negocio o algo así, ¿no crees?

—Probablemente —comentó pensativa, luego sus ojos se alzaron más allá de mí, hacia la puerta del local—. Mira quién viene por ahí. No te gires.

Pero bastó que me dijese eso para que lo hiciese por acto reflejo. Mi mirada se encontró de golpe con la de Asher y noté que volvía a enrojecer de nuevo. ¿Por qué siempre tenía que pasarme eso?, ¿por qué me ponía como un tomate a la mínima de cambio? El mundo era injusto y cruel. Él se limitó a alzar la barbilla para saludarme, pareció pensarse el venir a decirme algo como hacía a veces, pero al final se giró hacia la barra cuando lo llamó un amigo y yo me concentré en mi cerveza con la firme intención de ignorar que estaba allí, aunque gracias al color de mis mejillas era imposible que pasase

desapercibida.

—¿Crees que existe la probabilidad de que sufra una leve amnesia temporal y olvide lo que leyó en mi lista? —bromeé mirando a Julia, que se echó a reír.

—Venga, Marian, ya somos mayores, es una tontería.

—Para ti —repliqué por lo bajito.

—Y debería serlo para ti también.

—Ojalá fuera tan fácil...

No es que el tema de perder la virginidad me importase especialmente, pero, siendo sincera, algunas de nuestras compañeras de curso ya se habían casado, tenido hijos, terminado la carrera o marchado fuera del pueblo a algún lugar más interesante. Yo, en cambio, seguía exactamente igual que a los dieciocho, cuando terminamos el instituto, con candado ahí abajo inclusive. Quizá si lo hubiese leído otra persona me hubiese importado menos, pero tratándose de Asher... Había superado mi amor platónico e infantil por él, pero incluso así seguía poniéndome nerviosa cada vez que me rozaba o me sonreía de esa forma tan deslumbrante de la que no parecía ser consciente. Lo que ocurría es que estaba tan acostumbrada a sentir todo aquello desde que era niña que había aprendido a vivir con ello.

—No me digas que sigues coladita por él —bromeó Julia.

—¿Qué? ¡No! ¡No! ¡Pues claro que no! Nada de eso.

—Estás poniendo voz de pito, Marian.

—Eso es porque me alteras.

Mi amiga alzó la mirada hacia Asher.

—Debería ser delito ser tan guapo.

—Hmmm... —Bebí lo que me quedaba.

Sinceramente, sí que lo era. La gente de Beaufort siempre se debatía entre si preferían a mi hermano o a Asher, un dilema que, evidentemente, en mi caso no existía. Me había pasado media vida viendo a las chicas babear por Asher. Y la otra media siendo testigo de cómo él salía o se enrollaba con gran parte de la población censal y de los alrededores.

Nada que le desee ni a mi peor enemigo.

Cuando era una niña tonta de catorce años y él tenía ya diecisiete, me acostaba llorando la mitad de las noches. Recuerdo que, durante ese año en concreto, antes de alistarse en el ejército, estuvo tonteando con Doroty, Anna, Katie, Lesie, Sia y una turista que pasó el verano en el pueblo y que no recuerdo cómo se llamaba. En resumen: ni siquiera sé cómo llevaba la cuenta de cuándo empezaba a cortar y a salir con alguien.

Julia se llevó la mano a la boca para bostezar.

—Debería irme ya, mañana entro temprano.

—Es verdad. —Me levanté cuando ella también lo hizo. Julia trabajaba como guía turística en Beaufort y durante la temporada de verano apenas podíamos vernos algún rato esporádico, porque las visitas se concentraban en esos dos meses.

—He pagado antes —dijo con una sonrisa.

—La próxima me toca a mí.

Fue una suerte que no tuviésemos que acercarnos a la barra de nuevo, porque así evité mirar a Asher antes de salir a la calle y despedirme de mi amiga en la puerta. Vivíamos justo en los dos extremos del pueblo. Eché a caminar en la dirección contraria con la promesa de que a mediados de semana intentaría pasarse por la cafetería durante mi turno de trabajo.

La noche no era especialmente fresca al estar en verano, pero agradecí la chaqueta fina que había cogido antes de salir y me la puse sin dejar de dar un paso tras otro. La soledad de la noche me calmó un poco mientras seguía dándole vueltas a mi vida y a lo perdida que me sentía. Tenía ganas de hacer algo que rompiese de golpe con la imagen que me había creado hasta entonces en Beaufort. El problema es que, en ocasiones, en los pueblos pequeños, resulta muy difícil dar un cambio radical a tu vida. No es como en las grandes ciudades, donde parece que uno pueda despertarse cada día con una máscara diferente. En los sitios como aquel todos se conocen y yo era la segunda hija de los Reed, la tímida y reservada que tenía pinta de buena chica, la tortuga que se escondía en su caparazón y que finalmente se había quedado viviendo en una especie de limbo, sin metas ni sueños.

El problema era que sí que los tenía.

—¡Espera, Marian! —Esa voz...

Me giré justo cuando Asher me alcanzó. Había venido corriendo, pero

seguía pareciendo recién salido de la ducha o algo así. Sus ojos azules eran amables.

—Me iba ya a casa... —dije nerviosa.

—Vale. Te acompaño.

Se metió las manos en los bolsillos del pantalón vaquero y caminó a mi lado con calma, aunque era evidente que él también se sentía un poco incómodo. De vez en cuando me miraba de reojo o le daba una patadita a alguna piedra que encontraba en el camino.

—He estado pensando en lo del otro día...

¿Por qué la tierra no podía abrirse y tragarme?

—Te agradecería mucho que lo olvidases.

—No creo que eso solucione nada. No es que tengas que *solucionar* algo. Mierda, Marian, ya sabes lo que quiero decir, no me estoy refiriendo a *eso*. Pero sí pienso que deberíamos centrarnos en los demás puntos, todo lo que escribiste antes.

—No te sigo. —Paré de andar en seco.

—Podría echarte una mano.

—¿En qué sentido?

—En el de ayudarte a cumplir algunas de las cosas que apuntaste en esa lista. Como la idea de montar tu propio negocio, por ejemplo. Tengo experiencia.

—¿Bromeas? No digas tonterías, Asher.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan... pesimista?

—No lo soy. Bueno, quizá un poco sí. Solo a veces.

Él paró de caminar delante de mí, de manera que no pude seguir avanzando. Apoyó sus manos en mis hombros e intenté que no notase el leve estremecimiento que me recorrió. Me sacaba más de una cabeza de altura y tenía que inclinarse un poco para poder mirarme a los ojos. No tardé en comprobar que su proximidad seguía poniéndome de los nervios. Suponía que era algo normal, uno de esos efectos que ocurren con los amores platónicos y que nunca terminan de irse del todo, porque por mucho que ese alguien deje de gustarnos, siempre está presente el ligero tirón en el estómago que provocan.

—Quiero ayudarte. Tú me importas, Marian. Sabes que eres especial para mí. Y ahora que tu hermano se marcha... —comenzó a decir.

—No necesito que nadie cuide de mí.

—No, pero creo que sí necesitas un amigo que te aconseje bien. ¿Quieres escuchar lo que pienso? —Negué con la cabeza, insegura, pero a Asher le dio igual—. Pienso que hace tiempo que te has abandonado a ti misma y que en el fondo lo sabes y eres muy consciente de ello, por eso hiciste esa lista. Y pienso que necesitas un pequeño empujón para empezar primero por el uno, luego por el dos y finalmente ir hacia el tres.

—Deja de comportarte como si fueses mi hada madrina.

—¿Hada madrina? —Se echó a reír—. Podría serlo.

—Qué gracioso, Asher. —Puse los ojos en blanco.

Después tragué saliva mientras él seguía sujetándome y mirándome muy serio con esos impactantes y brillantes ojos azules con los que había soñado tantas veces cuando era más joven e inocente. Era evidente que estaba hablando en serio.

—Creo que deberíamos empezar por el punto número dos: hacer algo que te dé miedo. ¿Tú no temías a las alturas? Recuerdo que cuando veraneamos en esas cabañas cerca del campo y subimos a la colina estuviste a punto de desmayarte al mirar hacia abajo.

—¡Yo no estuve a punto de...! Bueno, sí —admití.

—¿Tienes algo que hacer mañana?

—Es domingo. Estaré ocupada.

—¿Trabajas? —preguntó intrigado.

—No, pero...

—Entonces estás libre.

Dejé escapar el aire que estaba aguantando. Asher siempre había sido así: arrollador como un volcán en erupción que lo llena de lava todo a su paso. Sabía antes de intentarlo que no tenía escapatoria. Había visto la lista, estaba preocupado cual hermano mayor y había decidido que yo era su nuevo proyecto de caridad. Lo que me faltaba.

Sin embargo, ante su insistente mirada, suspiré.

—Sí, estoy libre —admití.

—Vale. Pasaré a recogerte a las diez. Coge una bolsa con alguna muda

limpia y un traje de baño. Yo llevaré la comida —comentó perdido en sus pensamientos.

—¿A dónde iremos?

—Es una sorpresa.

Cinco minutos más tarde, se despedía de mí en la puerta de mi casa y yo entraba de puntillas con la esperanza de no despertar a nadie, pero fue en vano. Mi hermana Agatha estaba sentada delante de la mesa del salón, con los codos apoyados en la mesa y las gafas puestas mientras leía un libro tan gordo que podría considerarse un arma mortal.

—¿Qué haces despierta a estas horas?

—Estudiar. —Ni levantó la vista para mirarme.

Me senté a su lado y le eché un vistazo a ese libro.

—Pero si acabas de terminar las clases...

—Por eso mismo. Espero adelantar parte del próximo curso durante las vacaciones de verano, así podré concentrarme en extras para subir la nota media.

—¿No crees que te mereces un descanso?

Antes de que Agatha pudiese responder, mi hermana Cassie bajó por las escaleras frotándose los ojos, se sirvió un vaso de leche de la nevera mientras bostezaba y se acomodó también a nuestro lado. Llevaba una camiseta de pijama en la que ponía: *si no te gusta, no mires*.

—¿Ese que te ha acompañado hasta la puerta era Asher?

—¿Acaso no dormías? —repliqué.

—No. Prefiero mirar por la ventana.

—Qué cotilla eres. Y sí, era él.

—¿Y a qué se debe ese desligue de caballerosidad? No es propio de él. A menos que esté profundamente enamorado de ti, en cuyo caso...

—¡Deja de decir tonterías! —me quejé.

Agatha sonrió y se quitó las gafas cuando fue consciente de que no iba a poder seguir estudiando y de que su hermana gemela tenía intención de sacarme de quicio.

—La abuela dijo que tendría los ojos muy azules.

—¿En serio sigues creyendo en esas cartas? —resoplé, negando con la cabeza. Cassie y Agatha sabían que de pequeña había estado colada por Asher y, por lo visto, la primera se había tomado al pie de la letra lo que la abuela nos dijo aquella tarde de verano tantos años atrás. De hecho, seguía convencida de que encontraría a *su chico de colores*—. Además, ni que fuese el único con los ojos así en este pueblo —añadí.

—Ya. Pero también dijo: *qué interesante e inesperado*.

—¿Y? —Golpeé la mesa con los dedos, nerviosa.

—Pues que sonaba sorprendida, como si lo conociese...

—Qué imaginación tienes, Cassie.

—Eso desde luego —intervino Agatha.

—Además, parece mentira que tengas ya diecisiete años y sigas creyendo

en lo que dijeron unas cartas. Me temo que la abuela solo quería entretenernos.

—¡Eso no es verdad! —Cassie inspiró hondo, indignada.

Era la que peor había llevado todo el proceso degenerativo de la abuela Agnes. Se negaba a aceptar que nunca volviese a ser la misma, porque cada día que pasaba olvidaba un poco más quién había sido e incluso quiénes éramos nosotros. Así de cruel era la enfermedad que la había atrapado entre sus garras. Yo intentaba asimilarlo poco a poco, a pesar de lo mucho que dolía ver cómo esa mujer tan jovial y llena de vida se iba empequeñeciendo. Intentaba hacer sus días más agradables: la sacaba a pasear, ayudaba a Cassie a trenzarle el largo cabello casi totalmente blanco y pasaba ratos con ella en el porche trasero para que le diese el sol. Toda la familia Reed nos esforzábamos por dar lo mejor de nosotros mismos.

—Deberíamos irnos a dormir ya —comenté.

—Sí. —Cassie bostezó de nuevo y se levantó.

—Yo me quedo un poco más —dijo Agatha volviendo a colocarse bien las gafas redondas antes de abrir el libro. Negué con la cabeza, porque no tenía remedio y me daba la sensación de que obsesionarse con unos números no era bueno para ella, pero me limité a darle un beso en la mejilla antes de subir las escaleras y meterme en la cama.

Amaneció un día soleado. Cuando bajé a la cocina aún eran las nueve de la mañana, pero Asher estaba en la cocina de casa, desayunando tranquilamente mientras charlaba con mis padres. Era algo que hacía a menudo, claro que normalmente venía a recoger a Caleb y no porque hubiese quedado conmigo. Me sonrojé al darme cuenta de que llevaba puesto un pijama infantil muy poco favorecedor. Desde luego, eso no ayudaba a empezar a subsanar el punto de mi lista que decía algo así como *sentirme sexy alguna vez*.

—Pensaba que habíamos quedado a las diez —dije.

—Me he despertado temprano. —Asher me guiñó un ojo antes de proseguir hablando con mi padre sobre algo relacionado con el taller que regentaba.

—¿Quieres una magdalena? —preguntó mi madre.

—No, no me apetece... —mentí—. Pásame la leche.

—¿Seguro, Marian? Están deliciosas —insistió.

—Se ha puesto a dieta —intervino Asher, mirándome burlón. Me dieron ganas de golpearlo con mi cucharilla del café—. Lo que es una soberana tontería. Cómete la magdalena y haz feliz a tu madre. Ha ido hasta el horno del centro para comprarlas recién horneadas.

Maldito fuese. Miré a mi madre y acepté el desayuno al ver cómo asentía.

—¿La abuela sigue durmiendo? —pregunté.

—Sí, he preferido no despertarla —dijo.

Cuando terminamos de desayunar, Asher se puso en pie y anunció con una sonrisa que había llegado la hora de irnos. Mi madre nos puso algunas magdalenas más en una pequeña cesta, mientras yo subía a cambiarme a la habitación. Terminé vistiéndome con un bikini rojo con el que me sentía ridícula y, encima, un vestido playero y sencillo.

Ya en el coche, Asher me miró y sonrió.

—¿Lista para un día especial? —preguntó.

—Eso espero, aún no sé qué tienes en mente...

—Pasarlo bien, por supuesto. Y cumplir el primer punto de tu lista: *hacer algo que te dé miedo*. Solo espero que no me falles en el último momento —bromeó.

—Creo que podré soportarlo. A menos...

Asher condujo por las calles del pueblo con despreocupación hasta que lo dejamos atrás y salimos de allí, dando paso a un paisaje lleno de vegetación. Estaba guapísimo con una simple camiseta blanca, gafas de sol y el pelo alborotado por el viento porque llevaba la ventanilla bajada y mantenía un codo apoyado en el borde mientras conducía.

—A menos... —insistió mirándome de reojo.

Ojalá no fuese taaaan atractivo, pensé. Ojalá el mejor amigo de mi

hermano mayor fuese un orco pringoso cubierto de moco verde y yo no sintiese un cosquilleo cada vez que lo viese y...

—¡Marian, te estoy hablando! —exclamó.

—Eh, sí. A menos que... me lleves a una cueva llena de zombis.

—No está entre mis prioridades. Todavía.

Sonreí y luego me propuse dejar de mirarlo durante lo que quedaba de trayecto, mientras seguíamos recorriendo aquella carretera recta que, si no me equivocaba, conducía hacia la costa, algo que tenía sentido teniendo en cuenta al asunto de los bañadores. Sin embargo, al principio había dado por hecho que iríamos a un río cercano que atravesaba el pueblo donde vivíamos y donde años atrás acudíamos a bañarnos y a pasar el día.

Pero no, el viaje iba a ser más largo de lo esperado.

Cuando llegamos a la zona de la costa, en lugar de acercarse hacia la playa más cercana, se desvió del camino metiéndose en otro por el que no dejábamos de ascender. Había puesto la radio y Asher cantaba animado como si pasar aquel día conmigo le divirtiese de veras, algo que a mí aún me costaba creer. Era cierto que los cuatro años que nos llevábamos de edad no parecían demasiados ahora que los dos éramos adultos. Sin embargo, sí fueron una gran barrera tiempo atrás, de pequeños. Cuando yo tenía once años, él y mi hermano tenían quince y empezaban a asistir a fiestas, a salir con chicas y a hacer todo lo que mis padres les decían que no debían hacer: como probar el tabaco, el alcohol o hacer locuras con las bicicletas que terminaron

destrozando.

Yo me sentí viviendo en un limbo, porque era demasiado pequeña para que ellos me tuviesen en cuenta, pero también demasiado mayor como para que no empezase a aburrirme jugar con Agatha y Cassie, mis hermanas pequeñas.

Durante muchos años, tuve la sensación de que Caleb tenía a Asher y de que Agatha tenía a Cassie, mientras que yo... no tenía a nadie a excepción de Julia que, teniendo una familia estricta y de horarios fijos, casi nunca la dejaban venir a pasar un rato en casa.

—¿En qué estás pensando? —me preguntó Asher.

—En nada, solo en lo mucho que ha cambiado todo...

—Sé más específica —me pidió mientras giraba el volante.

—Estaba recordando lo mayor que te veía cuando era una niña.

—¿Ahora ya no te parezco mayor? —bromeó divertido.

—No tanto esa *diferencia*, ¿me entiendes?

Asher asintió distraído y se mordió el labio inferior al hacerlo. No supe interpretar el gesto ni tampoco tuve tiempo para darle más vueltas, porque cuando quise darme cuenta él estaba aminorando la marcha y frenó en medio de la nada. Eché un vistazo al exterior. Efectivamente, parecía que estábamos en un lugar aislado, con el suelo lleno de arena y algunas plantas de aspecto poco húmedo que crecían salvajes.

—¿Dónde...? —Comencé a preguntar.

—Baja del coche —me pidió misterioso.

Me quité el cinturón de seguridad y obedecí.

Entonces me sacudió el pelo la brisa marina y no me hizo falta sumar dos más dos para darme cuenta de que nos encontrábamos en lo alto de un acantilado. Había estado tan distraída mirándolo mientras conducía y pensando en viejos recuerdos que no había atado cabos: una carretera en continuo ascenso y con curvas, un poco de maleza y un viento que sacudía con fuerza todo lo que encontraba a su paso.

“Hacer algo que me dé miedo”, rememoré.

¿Y cuál era una de las cosas que más temía desde pequeña? Las alturas. Muchísimo. Me daba pánico. No solo era la sensación de sentirme poco segura, sino el vértigo que me cerraba la garganta y me dejaba sin respiración en cuanto me bloqueaba.

—¿Ya te estás arrepintiendo? —Asher resopló—. Venga, me prometiste que no te echarías atrás. Ven, dame la mano. —Alargó el brazo hacia mí.

—No sé... no estoy segura de que sea buena idea...

El miedo irracional regresó con fuerza, sin embargo, terminé aceptando la mano de Asher y él cerró sus dedos en torno a los míos, dándome ánimos antes de comenzar a caminar hacia el borde del acantilado. En esos momentos, mientras miraba hacia abajo y contemplaba el inmenso y bello paisaje que se extendía ante nuestros ojos, ni siquiera pensé en el vértigo, porque la sensación de estar cogida de la mano de Asher lo llenó todo.

Recordé las palabras que Julia me había dicho la pasada noche: “*no me digas que sigues coladita por él*”. Yo había reaccionado como una loca negándolo fervientemente, pero ahora entendía que era más que probable que así fuese. ¿Qué otra cosa explicaría lo que sentía cada vez que lo miraba o me tocaba? Algunas veces tonteaba conmigo algún que otro cliente en la cafetería, cuando le servía el café o le pedía la cuenta, pero nunca me sonrojaba de esta manera ni sentía que me temblasen las piernas como si fuese idiota.

Sacudí la cabeza con frustración.

A este paso, jamás conocería a mi chico de ojos azules, ese que la abuela había visto para mí cuando me leyó las cartas. Seguramente lo estaría ahuyentando al estar obsesionada por un amor irreal e inalcanzable como era el de Asher.

—Mira hacia abajo —me pidió sonriente.

—Casi preferiría no hacerlo, si no te importa...

—Marian, no seas testaruda, venga.

—Está bien. —Cogí aire de golpe y bajé la vista hacia la costa que había justo al final, a tantos metros de distancia que si tropezábamos y nos caíamos terminaríamos hechos puré. Noté que empezaba a marearme al pensarlo—. Mierda... —conseguí decir antes de que Asher me sujetase con brusquedad, tirando de mí hacia su pecho y apartándome del borde de aquel acantilado. Intenté recobrar el aliento.

—Tranquila, te tengo. No iba a dejar que te pasase nada. —Me abrazó y

yo temblé de inmediato—. Pero lo has hecho, Marian. Algo que te daba miedo. Estar en el borde de un acantilado —me dijo con voz dulce, tan cerca de mi oído que volví a estremecerme.

Luego, conforme recobré el aliento, Asher se apartó lentamente de mí sin dejar de mirarme con esos preciosos y brillantes ojos azules que me habían traído de cabeza media vida. Yo intenté disimular que probablemente seguía coladita por él como una tonta, porque incluso cuando me habían gustado otros chicos en el instituto o por el pueblo, siempre había seguido pensando en Asher de vez en cuando. Era como una losa que no podía quitarme de la espalda, por mal que sonase. Lo que me hacía pensar demasiado...

No solo me sentía atascada en mi propia vida, anclada en Beaufort y lo que suponía la vida en el pueblo (misma gente, mismas amistades, mismas rutinas), sino que también estaba atascada a nivel emocional (siempre pensando en Asher) y, por supuesto, en el plano laboral (mis sueños parecían cada vez más lejanos). Es decir, que, en resumen, estaba bloqueada de todas las maneras posibles, atada de pies y manos, aunque nadie lo hubiese hecho, porque estaba claro que el problema era yo misma y mi incapacidad para salir de la monotonía.

—Gracias por esto, Asher —dije.

—No me las des. Somos amigos, ¿no? Venga, vamos a relajarnos un poco ahora que hemos tachado el primer punto de la lista. ¿No te apetece un baño?

—Cuando el estómago se me vuelva a poner en el sitio, sí.

Asher se rio al escucharme. Montamos en el coche y bajamos hacia la zona de la costa. Al llegar a la playa, descubrimos que estábamos a solas. Él cogió un par de toallas del maletero y la bolsa con la comida y las magdalenas que nos había dado mi madre. Lo preparamos todo a escasos dos metros de la orilla y, cuando llegó el momento de quitarnos la ropa, volví a sentirme torpe y con ganas de esconderme en mi caparazón de tortuga.

Por el contrario, Asher no tardó nada en desprenderse de toda su ropa. Se quedó en bañador y luego alzó los brazos para quitarse la camiseta y dejar al descubierto un torso perfecto, de líneas marcadas y rectas. Era como haber ganado un pase vip para acceder al rodaje de un anuncio de perfume en directo. Intenté que no se me cayese la baba delante de él y recordé el segundo punto de mi lista, ese que decía: “*sentirme sexy alguna vez*”.

¡Qué lejos estaba de conseguirlo!

—¿Qué haces ahí parada? —Asher me miró con diversión al tiempo que doblaba su camiseta y la dejaba dentro de la bolsa de mano.

Yo sentí que me sonrojaba al instante, pero, muy a mi pesar (porque era lo último que me apetecía hacer), empecé a quitarme el vestido, desabrochando los botones que tenía en la parte de delante para poder sacármelo por la cabeza. Estaba tan nerviosa que me temblaban los dedos con los que sujetaba la tela. No recordaba cuándo había sido la última vez que él me había visto en bikini, probablemente hacía varios años de aquello y fue en el río que había cerca de Beaufort, pero si tiempo atrás no había tenido un cuerpo escultural,

ahora todavía menos: pensaba que mis caderas eran demasiado anchas, que el michelín que me salía en la tripa al sentarme debería desaparecer cuanto antes y que, en resumen, mi aspecto físico dejaba bastante que desear. Y en cambio, Asher era perfecto.

—¿Necesitas ayuda? —Lo sentí moverse hacia mí.

—¡No, no, no! —Mi voz sonó demasiado gritona y aguda, pero es que en esos momentos lo último que quería era que se acercase a mí—. Ya está.

Me quité el vestido de golpe y lo dejé caer encima de la toalla.

—¿Una carrera hasta la orilla?

Antes de que pudiese contestar, Asher echó a correr. Lo seguí sin poder apartar la mirada de su espalda firme y de sus atléticas piernas. No es que estuviese muy en forma, pero conseguí llegar poco después que él hasta el agua, aunque frené en seco al darme cuenta de que estaba helada. Era como sumergirse entre un montón de cubitos de hielo.

—¡Ahhhh! —grité sorprendida.

—No seas quejica, Marian.

—¿¡Quejica!?! ¡Podríamos morir por congelación!

Asher se echó a reír y se sumergió de golpe en el agua cuando una ola grande llegó hasta él. Yo me giré e intenté cubrirme todo lo que pude para que el agua no me alcanzase.

—Si te tiras rápido es más fácil —me dijo.

—No, no pienso hacerlo. Me quedaré tomando el sol...

Me di la vuelta dispuesta a salir del agua, pero antes de que pudiese conseguirlo, Asher corrió hacia mí, me cogió en brazos y nos sumergió a ambos en el agua. Cuando salí, tosiendo y helada, me sujeté a sus hombros todavía sorprendida.

—¿Cómo te has atrevido...? ¡Asher!

—¿Qué? Tenía que tomar medidas drásticas.

—Sabes que me vengaré, ¿verdad? —siseé.

—Lo espero con ganas. —Me guiñó un ojo.

Si no hubiese sido él y tuviese delante a cualquier otro chico, podría haber llegado a pensar que estaba tonteando conmigo. Pero se trataba de Asher. Así que evidentemente solo jugaba y sus comentarios eran del todo inocentes. Me lo repetí cuando sentí sus manos en mi cintura antes de que me hundiese de nuevo en el agua.

A pesar de todo, no podía dejar de pensar que aquella era la vez que más cerca habíamos estado el uno del otro. Nunca nos habíamos tocado de esa manera, no desde que éramos niños. Puede que por eso me resultase un poco diferente. De hecho, cuando Asher venía a casa con mi hermano después de que regresasen al pueblo, siempre tenía la sensación de que evitaba rozarme a propósito, porque jamás surgía ni siquiera sin intención; cuando me pasaba un tenedor, se aseguraba de dármelo por la parte del mango y de que sus dedos no tocasen los míos, por ejemplo, y así con cada pequeño gesto que compartíamos.

—Dime la verdad: ya no está tan fría.

—Cierto, cuando el cuerpo empieza a entumecerse, una deja de sentir nada.

Asher se echó a reír y sacudió la cabeza. Algunas gotitas de agua me salpicaron. Entonces nos quedamos mirándonos fijamente sin razón mientras el agua se agitaba alrededor por el movimiento de las olas. Fue raro. Luego, Asher apartó la vista.

—Voy a nadar un rato, ¿vienes?

—No, mejor te espero fuera.

Vi cómo se alejaba y se adentraba en el mar. Yo suspiré hondo, contemplando su figura inalcanzable cada vez más pequeña. Después me dirigí hacia mi toalla y me dejé caer en ella. Miré mi tripa bajo la luz del sol. Mientras estaba con Asher en el agua, riéndome y haciendo el tonto, no me había parado a pensar en mi cuerpo, ni siquiera cuando él me había tocado sujetándome por la cintura o estando tan cerca...

Ahora volvía a tener ganas de cubrirme con algo.

Procuré relajarme y no pensar en nada. Lo cierto era que hacía una temperatura perfecta, la brisa del mar me calmaba y estaba pasando el día con el chico perfecto, mi preferido. Me di cuenta de que no podía pedir más y de que hacía una eternidad que no tenía una experiencia como aquella, algo nuevo que rompiese la rutina de mi vida.

Le estaba agradecida a Asher por acompañarme esa mañana para cumplir

el primer punto de mi lista, incluso aunque aún me avergonzase recordar que la había leído.

“Perder la virginidad”.

Quise desaparecer de nuevo al recordarlo.

Era terrible que ahora él supiese algo de mí tan íntimo. Podría haber soportado que me ocurriese con cualquier otra persona, ¿pero por qué había tenido que ser Asher?

Dejé de pensarlo al sentir su presencia a mi lado cuando se dejó caer en la toalla con un suspiro. Lo miré de reojo. Tenía los ojos cerrados y el cuerpo húmedo, parecía relajado tras dar unas cuantas brazadas en el mar. Pensé que cualquier chica se hubiese sentido igual que yo al tenerlo al lado, tan cerca, era lógico, ¿no? Quise convencerme de ello.

La idea de que aún siguiese enamorada de Asher me aterraba, porque, ¿por qué no podía sentir algo por otro chico?, ¿por qué no podía pasarme con el vecino de enfrente o con algún turista que pasase por Beaufort o con, en resumen, cualquier otro ser humano del planeta tierra? *Normal que siguiese siendo virgen*, dijo una vocecita en mi cabeza.

—¿Tienes hambre? —preguntó Asher.

—Un poco. No demasiada.

—Es decir: que te mueres por comer algo.

Sacudí la cabeza intentando no reírme. Ojalá no me conociese tan bien como lo hacía, pero era evidente que casi podía leer lo que estaba pensando.

—He traído sándwiches y Coca-Cola —dijo.

Noté que se me hacía la boca agua de pensarlo.

—Vale —cogí la comida que me dio.

Era algo sencillo, pero estaba delicioso. Puede que todo supiese un poco mejor frente al mar, con la brisa a nuestro alrededor, y a su lado, claro. Suspiré profundamente.

—En cuanto a eso de cumplir tu sueño...

—Déjalo. Es imposible. Te agradezco mucho lo que hoy has hecho por mí, de verdad, Asher. Sé que puede parecer una tontería, pero ha sido importante para mí. Además, necesitaba un día así que rompiese la monotonía y salir de Beaufort.

—Yo también —dijo bajito.

—¿Tú? ¿Por qué?

—A todos nos viene bien despejarnos de vez en cuando. —Sonrió con sus maravillosos labios—. Y más si es con la mejor compañía. —Me guiñó un ojo y luego siguió comiendo como si nada, sin ser consciente de que a mí me faltaba el aliento.

“Eres idiota”, me dije.

Hasta Cassie o Agatha parecían a veces más maduras que yo. Especialmente Cassie, que se había desarrollado rápido en todo el tema referente a los chicos, las citas y el tonto. Agatha era igual de guapa, pero más cínica y cerrada de mente; además, estaba demasiado ocupada pensando

siempre en su futuro y los estudios como para dedicarle tiempo al amor.

No hablamos mucho más mientras comíamos.

Después, pasamos un par de horas más entre el agua, tomar el sol y comentar cualquier tontería, como esa vez en la que a mi hermano Caleb le picaron tres avispas a la vez por hacerse el valiente y acercarse demasiado a un avispero, algo que todos le dijimos que era una idea terrible y que él no quiso escuchar, por supuesto.

Cuando empezó a atardecer, recogimos las cosas.

Me sentía con las pilas recargadas y eso que no habíamos hecho nada fuera de lo común, tan solo compartir unas horas de calma y lejos de Beaufort, pero era justo lo que necesitaba para afrontar el próximo lunes con ganas renovadas e intentar centrarme en lo que quería y no quería. El arranque con Asher había sido solo el principio.

—¿Lo has cogido todo? —me preguntó abriendo el maletero.

—Sí. ¿Cuánto tardaremos en llegar a casa?

—Unas dos horas... —Se mordió el labio de un modo terriblemente tentador. ¿Por qué tenía que hacer gestos así todo el tiempo? Maldito fuese—. Pero acabo de recordar que hoy jugaban los Giants, ¿te importa si hacemos alguna parada en algún lugar que nos pille de camino para verlo?

—Claro que no.

—Bien. —Sonrió.

La taberna donde paramos quedaba a más de una hora de Beaufort y estaba llena de gente que veía el partido o se divertía bebiendo cerveza. El local era oscuro y muy ruidoso, pero sorprendentemente me sentí cómoda allí desde que puse un pie en la puerta. La barra, las mesas y los taburetes eran de roble y había cientos de botellas de todo tipo de licores y bebidas en una estantería que parecía infinita. Una televisión de plasma gigante captaba la atención de gran parte de la clientela, que no apartaba los ojos de la pantalla mientras el partido de los Giants se desarrollaba. Yo, en cambio, no apartaba los ojos de él.

Las dos cervezas que me había tomado no ayudaban en absoluto a que consiguiese centrarme y dejar de pensar en tonterías, como en lo mucho que me gustaba su pelo y lo suave que parecía (¿qué champú usaría?); también pensaba en lo perfecto que era su rostro y, por supuesto, en esos ojos azules. ¿Y si la abuela lo había dicho por él? ¿Y si había visto a Asher al tirar las cartas? ¿Y si en el fondo estábamos predestinados a terminar juntos viviendo en una casa de valla blanca, con un perro simpático, teniendo varios retoños maravillosos y haciendo galletitas dulces cuando se acercase la Navidad?

—Estás en otro planeta, Marian —me dijo.

Pegué un respingo al escuchar su voz tan cerca. Asher tenía razón. Estaba

en un planeta creado por la cerveza que era mucho mejor que aquel, desde luego. Allí los dos éramos felices y yo no tenía ni un solo michelín a pesar de haber pasado por tres embarazos...

—¡Oh, mierda! —gruñó cuando el otro equipo tomó ventaja.

—¿Desean algo más? —preguntó el camarero tras acercarse.

—¡Sí, otra cerveza de estas! —Señalé el botellín vacío.

Ví que Asher arrugaba un poco la frente, mirándome.

—¿No crees que has bebido suficiente? —preguntó.

—No, lo que creo es que tú tendrías que seguirme el juego —contesté notando la boca un pelín pastosa—. Para una vez que salimos del pueblo... ¡deberíamos divertirnos!

Ví que Asher dudaba durante unos segundos, pero al final asintió.

—¿Qué demonios...? Tienes razón. —Miró al camarero—. Dos chupitos de tequila y una copa de esas para mí —dijo señalando la bebida del hombre que estaba en la mesa de al lado. Era una especie de licor de color ámbar. Yo asentí satisfecha, casi sin reconocerme.

Media hora más tarde, estábamos los dos delante de la barra, de pie, riéndonos como locos mientras nos tomábamos el tercer chupito. Asher, evidentemente, iba más sereno porque, por mi parte, a aquellas alturas estaba más borracha de lo que recordaba en años.

—La última vez que me sentí así... —intenté hacer memoria—, creo que fue en el baile del instituto, con Julia. Unos chicos del curso le echaron al

ponche varias botellas de ron y la mitad de la clase terminamos vomitando antes de las dos de la madrugada.

—Suena terriblemente asqueroso. —Asher se rio.

—No sé por qué lo dices... tú te emborrachabas a menudo con mi hermano, ¿no te acuerdas? Lo sé porque mi padre le reñía cuando los domingos casi no podía despertarse.

—Es verdad. ¿Y qué vamos a hacer hoy?

—¿A qué te refieres con eso?

Estábamos muy cerca. Más incluso que en el agua aquella mañana. Asher tenía la cabeza inclinada hacia mí y yo estaba pegada a su costado, delante de la barra. Y aunque estábamos rodeados y había bastante gente en el local, era consciente de que perfectamente podríamos haber mantenido una distancia más prudencial si alguno de los dos hubiese querido hacerlo. Quizás fue ese mi primer error: ver *algo* donde no había nada. Probablemente, conociendo a Asher y su fama, él se comportaba así con todas sus amigas: cercano, cariñoso y atento. Como cuando tras otro chupito me apartó tras la oreja un mechón de cabello con delicadeza y yo creí que me quedaría inconsciente de la impresión.

—Me refiero... —Asher se pasó la lengua por los labios como si quisiese saborear aún más el último trago que le había dado a la copa—, a esta noche. ¿Qué hacemos? Estamos en medio de la nada, ¿cómo se llamaba este pueblo...? —Dudó mirando alrededor—. El partido ha terminado hace rato y

está claro que no estoy capacitado para conducir.

—Podemos dormir en el coche.

—O buscar un hostel —dijo él.

Me eché a reír de repente. Estaba tan borracha que todo me parecía gracioso. Asher me siguió el juego, carcajeándose a mi lado mientras me balanceaba sobre mis talones. Aún llevaba el vestido playero y debajo el bikini rojo, así que estaba lejos de parecerme a ninguna de las mujeres que había alrededor, todas arregladas para pasar la noche en aquel local de copas, pero me daba igual. En esos momentos no me importaba nada.

—Deberíamos salir de aquí... —Asher buscó la cartera en los bolsillos de sus vaqueros—. Espera, creo que no hemos pagado la última ronda.

—¡Podríamos huir! —exclamé riéndome.

—Shhh, van a oírnos. —Asher sonrió, pero terminó dejando un par de billetes encima de la barra antes de rodearme la cintura y salir caminando de allí entre la gente que se movía al son de la música que habían puesto después de que terminase el partido.

El viento era fresco al anochecer, pero a ninguno de los dos nos importó. Pasamos de largo dejando el coche a un lado de la calzada y avanzamos hacia el centro de aquel pueblo pequeño en el que esperábamos encontrar un lugar donde dormir.

—Debería avisar a mis padres... —balbuceé—. Seguro que estarán preocupados. Ya sabes lo exagerada que es ella. —Busqué a tientas el móvil.

—Ya les he mandado un mensaje —se adelantó él.

—¿Por qué eres tan rematadamente perfecto?

Quizás fue por el tono ebrio con el que dije aquella frase, pero Asher se echó a reír al escucharme y nuestras carcajadas llenaron el callejón oscuro que estábamos recorriendo en esos momentos. Me fijé de nuevo en él. Los vaqueros le quedaban increíblemente bien y la camiseta arrugada que llevaba desde esa mañana se ajustaba a sus hombros definidos. Por un instante, deseé colgarme de él como un mono, aferrarme a su cuerpo y no soltarlo jamás.

Hacía tanto tiempo que no me sentía así...

Libre, lejos de casa y del día a día que me ahogaba. Era como un chute de energía. Y, además, me sentía sin filtros gracias al alcohol. ¿Qué más daba que no tuviese unas medidas perfectas?, ¿o que fuese virgen todavía?, ¿y por qué tenía que seguir aguantando a esa jefa tan terrible a la que tanto odiaba y que solo sabía servir cruasanes congelados...?

—¿Te encuentras bien? —Asher se giró para mirarme.

—Sí, muy bien. ¡Mejor que bien! ¡Estoy felizzz!

—Me alegro. Ven aquí, no te pierdas.

Tiró de mí con delicadeza para que caminase a su paso.

—¡Mira ese cartel! —grité al llegar a la plaza.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Asher aliviado.

—Cualquiera diría que no fuiste tú el que planificaste todo esto. Pensaba que era lo que querías. Que nos divirtiésemos, ayudarme a cumplir mi tonta

lista...

—Y estoy de acuerdo, pero preferiría no dormir en la calle.

Los dos nos reímos antes de entrar en el hostel de aspecto poco apetecible. En el recibidor había un par de sillones viejos que habían vivido tiempos mejores y un mostrador de cristal tras el que se encontraba una mujer mayor, que llevaba unos rulos rosas en la cabeza, un delantal como si acabase de salir de la cocina y nos miraba con agudeza tras las gafas.

—Buenos días... noches... —rectifiqué.

—Buscábamos un par de habitaciones —se adelantó Asher que, por suerte para los dos, sí era capaz de decir más de dos frases con sentido.

La señora nos miró como si fuésemos peligrosos.

—Solo me queda una libre —dijo finalmente.

—Nos sirve. —Asher se encogió de hombros.

Yo abrí la boca atontada mientras él pagaba y la mujer le daba las llaves y le indicaba que era la puerta con el número cuatro y se encontraba en la segunda planta. Mientras subíamos los escalones que parecían a punto de partirse en dos irremediabilmente, tiré de la manga de la camiseta de Asher, todavía conmocionada.

—¿Vamos a compartir habitación?

—¿Qué otra opción sugieres?

No añadió nada más, como si fuese algo poco importante. Mi cerebro, en cambio, comenzó a funcionar a toda velocidad, aunque, por desgracia, no lo

hizo correctamente, visto el resultado final de la noche. Pero es que cuando él abrió y se hizo a un lado para dejarme pasar, nuestros cuerpos se rozaron sin querer y una descarga eléctrica pareció atravesarme, y cuando unos minutos más tarde salió de la ducha sin camiseta y con solo el bañador puesto, fui incapaz de apartar la mirada de su torso desnudo, ni tampoco pude evitar la tentación de acercarme a él lentamente, paso a paso, todavía embobada como una tonta...

—Marian, ¿seguro que estás bien? —Me miró con la preocupación tiñendo sus bonitos ojos—. No debería haber dejado que bebieses tanto...

—La abuela dijo... —comenté a trompicones sin dejar de aproximarme a él como si fuese un poderoso imán—. Dijo que era un chico de ojos azules...

—¿Marian? ¿De qué estás hablando...?

Pero no lo dejé terminar. Me puse de puntillas, le rodeé el cuello con los brazos y lo besé. Fui delicada al principio, pero luego mis labios se movieron sobre los suyos y, para mi sorpresa, Asher no se apartó. Al menos, no inmediatamente. Sus manos se posaron en mi espalda, sujetándome contra su pecho y noté su lengua en mi boca al tiempo que se le escapaba un gemido revelador que tan solo me impulsó a seguir besándolo con más fiereza.

Estaba ocurriendo. Estaba besando a Asher, el amor de mi vida. Y era todavía mejor que cualquier sensación que hubiese podido imaginar durante aquellos años. Tan erótico como había recreado en mi mente cientos de veces, con sus grandes manos acariciándome y sus labios perfectos buscando los

míos una y otra vez.

Noté su excitación contra mi pelvis a través del fino bañador que llevaba puesto. Deseé que me quitase el vestido, que me desnudase del todo y me llevase hasta el límite. Tenía sentido. En parte, si seguía siendo virgen, era porque él siempre había estado en mi cabeza, casi como una especie de tortura silenciosa.

—Asher... —Bajé la mano hasta rozar el borde de su bañador y él dio un respingo con sus labios aún pegados a los míos, devorándome.

—No... —Se apartó y sacudió la cabeza—. No puedo, joder.

El frío me invadió cuando él dio un paso atrás y nuestros cuerpos dejaron de tocarse. Me quedé mirándolo como una idiota mientras continuaba negando y se llevaba una mano a los labios como si no pudiese creerse lo que acababa de suceder entre nosotros.

Debería haberme rendido, pero me acerqué a él.

—Asher, por favor. No me hagas esto.

Él se revolvió el cabello y se frotó la mandíbula después, confundido, mirándome con los ojos más azules que había visto en mi vida y, en ese momento, a pesar de todo, supe que era él el chico del que mi abuela me habló aquella tarde. ¿Quién iba a ser si no? No podía tratarse de otro. No existía esa posibilidad. Más que una intuición, fue una certeza, como si aquel beso me hubiese dado las respuestas sobre las que llevaba dudando tanto tiempo.

—No debería haber ocurrido —maldijo él.

—¿Por qué? Ya sé que no soy perfecta... y que me sobran algunos kilos... y que tú podrías estar con cualquiera... —Sonaba ridícula y bebida—. Pero yo te quiero, Asher.

Él sacudió de nuevo la cabeza, consternado.

Se acercó hasta quedar otra vez frente a mí y me sujetó el rostro por las mejillas sin dejar de mirarme fijamente. Me temblaban tanto las piernas que apenas me sostenía.

—No vuelvas a decir algo así. No es por eso...

—¿Entonces por qué? —gimoteé llorosa.

—Porque te mereces alguien mejor.

Por un momento quise creer que estaba siendo sincero. Lo parecía. En sus ojos no había atisbo de duda y tenía los labios apretados y en tensión, pero solo podía pensar en lo injusto que era que hubiese correspondido aquel beso y que yo llevase años colada por él...

—Es la peor excusa que he oído jamás.

Luego, lo aparté, pasé de largo y me metí en el cuarto de baño. Terminé vomitando en el retrete antes de lavarme la cara con agua fría, desnudarme y meterme bajo la ducha. Me quedé allí muchísimo tiempo, dándole vueltas a lo que había ocurrido.

¿Por qué todo era tan difícil? ¿Por qué Asher no podía quererme como yo lo quería a él? ¿Por qué seguía trabajando para una mujer que no valoraba lo que podría hacer por su negocio? ¿Por qué tenía tanto miedo que era incapaz

de acercarme al banco más cercano para preguntar si me concederían un préstamo para montar mi propia cafetería? ¿Por qué me sentía a veces tan poco sexy al recordar que jamás me había acostado con un hombre?

Las lágrimas se mezclaron con el agua de la ducha.

Al salir, estuve un rato mirándome al espejo, torturándome, hasta que me sequé con la toalla y volví a vestirme para ir a la habitación principal. Asher estaba tumbado en la cama, con los brazos tras la nuca y la mirada clavada en el techo, pero la desvió hacia mí en cuanto me vio salir. Abrió la boca para decir algo, pero se lo pensó mejor cuando lo corté.

—No hace falta que me des más explicaciones, lo he pillado.

—¿Qué es lo que has pillado? —preguntó.

Pero no le contesté. Tan solo me metí en mi lado de la cama, lo más alejada que pude de él con la esperanza de ignorar lo bien que olía tras la ducha (algo del todo imposible), me aferré a mi almohada y me concentré en no llorar como una niña pequeña.

—Buenas noches —dije de mala gana.

Lo escuché suspirar muy cerca de mí, pero luego noté que se alejaba otra vez. Apagó la luz con el interruptor que había junto a la mesilla y ya no volvimos a hablar. A la mañana siguiente, cuando me levanté, él ya estaba desayunando en el comedor. Me saludó con un impersonal “*hola*” antes de servirme zumo de naranja y yo imité su actitud y me mantuve callada también durante el resto del viaje, mientras regresábamos en coche.

Cuando me dejó delante de la puerta de casa, me apresuré a abrir.

—Creo que deberíamos hablar antes de que te vayas —dijo.

—Ya. Pues en este momento no me apetece.

Salí y cerré dando un portazo antes de dirigirme hacia mi casa sin mirar atrás. Escuché el ruido del coche al alejarse poco después y por fin pude relajarme un poco, porque me había pasado todo el trayecto en tensión, con ganas de gritarle.

¿Por qué había correspondido el beso si no quería nada?

¿Por qué me había creado falsas ilusiones...?

Los siguientes días transcurrieron como de costumbre: sin novedades. Me centré en ir de casa al trabajo y del trabajo a casa. Cuando tenía algún rato libre, quedaba con Julia, que era la única persona a la que le había contado lo ocurrido con Asher durante el imprevisto viaje. El resto del tiempo, lo pasaba en casa, con mi familia. Cualquiera que conociese a los Reed, sabía que éramos dados a compartir largas veladas tras las cenas diarias.

—¿Queda batido de chocolate? —preguntó Cassie.

—Mira en la nevera —le respondió mi madre.

Ella se levantó del sofá y regresó con un vaso lleno de batido que se bebió en sorbitos muy pequeños. Agatha, ignorándonos a todos, estaba leyendo un libro enorme sobre leyes o algo relacionado con economía, no estaba segura.

—¿Por qué no descansas un poco? —le pregunté.

—No estoy cansada. Y cuanto más adelante ahora...

—Menos tendrás que hacer durante el curso, lo sabemos —la cortó Cassie antes de poner los ojos en blanco y resoplar. Eran polos opuestos. Cassie acostumbraba a dejar para última hora todo lo que tuviese que hacer, mientras que Agatha se adelantaba todo lo posible. Puede que por eso en el fondo se llevasen bien, porque se complementaban—. Deberías aprender también a

divertirte un poco, vas a perderte el último año del instituto.

—Y es el mejor, créeme —apoyé sinceramente.

—Ya tendré tiempo para eso —insistió Agatha.

—¿Cuándo? —preguntó papá mirándola tras sus gafas.

—Pues... —Agatha pareció pensárselo—. Cuando termine la carrera.

—Entonces ya no tendrás diecisiete años. Tendrás... —Cassie empezó a contar con los dedos, pero su hermana la interrumpió rápidamente.

—Veintitrés. Quizás veinticuatro, depende de la especialidad que elija.

—Eres insoportable —resopló Cassie.

—No le digas eso a tu hermana —dijo mamá.

—¡Si lo hago por su bien! Solo quiero que se divierta un poco.

Iba a decirle que tenía razón, pero por un momento me quedé bloqueada porque, ¿quién era para opinar? A fin de cuentas, ninguna se parecía a mí. Cassie era calor y Agatha era frío. Pero ¿qué era yo? Algo intermedio, una chica templada. El problema de las chicas templadas es que nunca sobresalen especialmente, no llaman la atención ni para bien ni para mal y pasan de puntillas por todas partes sin pena ni gloria. Ni me había divertido a lo loco como Cassie en el instituto, asistiendo a fiestas sin parar, ni tampoco había aprovechado el tiempo quedándome en la biblioteca y estudiando para conseguir sus exigentes metas como estaba haciendo Agatha. En realidad, visto en perspectiva, sentía que no había hecho nada sino quedarme en medio de todo, incapaz de alcanzar ningún propósito.

Al menos ellas tenían claras sus prioridades.

De repente, eché de menos a mi hermano Caleb. Él se parecía un poco más a mí: sí que se había divertido y sí que llamaba la atención allá donde fuese, desde luego, pero también se sentía un poco perdido en la vida, sin rumbos claros ni objetivos por los que sacrificarse.

—¿En qué estás pensando? Tienes esa cara de planta mustia que pones cuando le das demasiadas vueltas a algo —me dijo Cassie con una sonrisa burlona.

—Echaba de menos a Caleb...

—Ohhh. —Mamá suspiró.

Agatha dejó de leer y la expresión de Cassie se volvió dulce mientras mi padre se limpiaba las gafas y suspiraba pesadamente. Los Reed siempre habíamos estado muy unidos y nos iba a costar acostumbrarnos a la idea de que Caleb estuviese lejos por decisión propia. Sabía que no había sido sencillo entenderlo para mi madre. La idea de que le apeteciese recorrer Europa para buscarse a sí mismo o algo por el estilo, no era fácil de digerir. Mamá tendía a pensar que todo lo que una persona podía necesitar, lo encontraría allí en el pueblo o en casa, pero no se daba cuenta de que a veces la familia no puede llenar todos los vacíos.

—Todos lo echamos de menos —añadió papá.

—¿Habéis hablado con él? —preguntó Cassie.

—No llama desde hace dos días. Y tiene el móvil apagado —dijo mamá

con cara de preocupación, aunque luego negó con la cabeza rápidamente—. Pero seguro que está bien. Ya sabéis cómo es vuestro hermano: resolutivo y duro como una roca.

—Seguro que no hay de qué preocuparse —dijo papá dándole unos golpecitos cariñosos en la rodilla—. Deberíais acostaros ya, chicas, es tarde.

Seguía llamándonos *chicas* a pesar de que ya no éramos ningunas niñas y creo que a todas nos gustaba que lo hiciese, pese a que Cassie pusiese los ojos en blanco a menudo. Nos despedimos de nuestros padres y subimos a la planta de arriba. Les di un beso de buenas noches a mis hermanas, que dormían juntas en la misma habitación. Después, me dirigí hacia la mía, pero cuando pasé por la puerta del dormitorio de la abuela, vi su silueta encorvada enfrente de la ventana. Me acerqué despacio para no asustarla.

—¿Abuela? ¿Te encuentras bien?

—Ah, mi pequeña Marian...

La vi sonreír en la oscuridad y su voz dulce me trajo recuerdos de unos años atrás, cuando ella era la reina de la casa y siempre tenía un rato para todos y cada uno de nosotros.

—Vuelve a la cama, abuela.

—Justo estaba pensando en ti... —dijo mientras yo encendía la luz de la lámpara de noche y la cogía después del brazo para volver a meterla bajo las sábanas. Ella me miraba con sus ojos brillantes y llenos de ternura—. Pensaba en ti y en el chico de ojos azules.

—Abuela... —Tragué saliva nerviosa.

—Seréis muy felices juntos, ya lo verás.

Me acarició la mejilla con la mano temblorosa.

—¿Es Asher? ¿Es él ese chico? —pregunté.

La vista se le volvió nublada de repente.

—¿Asher? ¿Quién es ese?

Suspiré hondo, consciente de que mi abuela volvía a estar perdida dentro de ese cuerpo que cada vez le fallaba con más frecuencia. Tomé aire, la tapé y le di un beso en la frente cuando apagué la luz y me alejé hacia la puerta.

—Buenas noches, abuela. Descansa.

No obtuve respuesta antes de marcharme.

Al día siguiente, como de costumbre, llegué puntual a mi turno en la cafetería. Seguía odiando aquel trabajo, pero no tenía nada más y la idea de que mis padres me mantuviesen a los veintidós años me resultaba insoportable, así que encendí la cafetera y el horno antes de abrir para ir metiendo la bollería industrial que servíamos.

En torno a media mañana, el local estaba lleno de gente. Los conocía a casi todos, era fácil viviendo en el mismo pueblo toda la vida. El señor Branson siempre tomaba el café solo y sin azúcar, un grupo de madres que venían tras dejar a los niños en la guardería acostumbraban a pedir zumos y empanadillas *caseras* (la jefa se empeñaba en venderlas bajo ese término, pero evidentemente no lo eran) y otros tantos trabajadores de un almacén

cercano que siempre se pasaban por allí a última hora de la mañana.

—¿Has servido la mesa del fondo? —preguntó mi jefa.

—No, pero iba ya hacia allí. He sacado la última bandeja.

—Bien —contestó con dureza. Quise decirle que era idiota y que le saldrían arrugas de tanto tener el cejo fruncido, pero me mordí la lengua para evitar hacerlo.

Fui hasta la mesa, tomé nota y luego volví tras la barra.

Entonces me di cuenta de que no había prestado atención al joven que acababa de entrar en la cafetería y que había apoyado los codos en la repisa de madera, frente a mí.

—Un café con hielo, por favor —me pidió.

—¿Qué estás haciendo aquí? —dije apretando los dientes.

Asher no solía pasarse a menudo por la cafetería. Las pocas veces en las que lo había hecho había sido acompañando a algún amigo o con su madre de casualidad. Pero nunca solo. Procuré mantener la calma mientras me giraba y empezaba a prepararle ese café, aunque al verlo solo sentí ganas de tirárselo encima. Llevaba días recordando el beso que nos habíamos dado y el domingo tan mágico que habíamos vivido juntos en el acantilado, en la playa y más tarde relajándonos y divirtiéndonos en aquella taberna...

¿Por qué había tenido que estropearlo todo?

Además, no me gustaba que me tratase como si fuese delicada o pudiese hacerme daño (aunque, ciertamente, sí podía hacerlo, estaba claro). Tenía

veintidós años. Ya no era la misma niña que agradecía que él y Caleb me defendiesen en el colegio o que los admiraba tontamente.

—Serán tres dólares y medio.

—Sí que ha subido el café... —bromeó Asher, pero no hizo el amago de buscar su cartera, sino que me miró fijamente a los ojos y me sujetó de una mano antes de que pudiese irme para seguir atendiendo a los demás clientes—. Deberíamos hablar. Por favor.

—Estoy trabajando —mascullé molesta.

—Pues esperaré hasta que termines.

—Faltan horas para eso, Asher...

—Venga, Marian, no lo compliques más.

—De verdad, prefiero dejar las cosas como están. Queda todo olvidado, no sufras por eso. Ni siquiera se lo diré a nadie, si eso es lo que te avergüenza. Bueno, se lo comenté de pasada a Julia, pero ella no abrirá la boca, puedes estar tranquilo...

—No me marcharé hasta que accedas a hablar conmigo.

—¿Por qué eres tan cabezota? —me quejé.

—¿A las seis? —insistió.

—Maldito seas —mascullé entre dientes—. Está bien.

—Genial. Te estaré esperando cuando salgas.

Me pasé el resto de la jornada entre enfadada e inquieta. Y no era solo eso, también me sentía terriblemente avergonzada. Me molestaba con especial

inquina que Asher me hubiese devuelto el beso para después apartarse de esa manera, consiguiendo que me sintiese poca cosa y, desde luego, nada *sexy*. Ese punto de mi lista seguía siendo una enorme mancha que sospechaba que jamás conseguiría borrar, porque tendría que depender de mí y no de los demás cómo me viese al mirarme al espejo cada día, pero no podía evitarlo.

—No has recogido el lavavajillas —me reprendió mi jefa pasado el mediodía, cuando la cafetería se vació—. No sé dónde tienes hoy la cabeza, ¡céntrate, Marian!

Suspiré. Me hubiese gustado contestarle que no había recogido el lavavajillas porque hasta ese momento apenas había parado dos minutos entre atender a las mesas, preparar los pedidos y las demás tareas, pero logré con esfuerzo aguantar las ganas, mantuve la boca cerrada con fuerza y respiré profundamente un par de veces.

Ojalá pudiese ser como una de esas chicas decididas que terminaban quitándose el delantal de golpe, tirándolo al suelo y gritando: “*¿Sabes qué? No pienso seguir aguantando esto. No pienso seguir haciendo oídos sordos a ese tono de voz que usas al hablar o al hecho de que no me pagues la mitad de las horas extras o al detalle de tener que mentir a los clientes diciéndoles que la comida es casera... Se acabó. Búscate a otra que esté dispuesta a esto a cambio de un salario irrisorio. Adiós.*”

El problema era que me daba tanto miedo...

Necesitaba el dinero, la seguridad, saber cuál era el siguiente paso que

debía dar cada mañana al levantarme de la cama. Me aterraba dejar lo único sólido de mi vida a lo que podía aferrarme. Si perdía aquel trabajo, ¿qué me quedaría?

Cuando llegó la hora de marcharse, me cambié de ropa en el almacén y salí de allí, aunque todavía seguía llevando el pelo recogido en una coleta poco glamurosa y el rostro lavado porque la jefa opinaba que ella y solo ella era la única que podía permitirse el lujo de maquillarse. Pensé en ello cuando vi a Asher apoyado en el banco que había en la acera de enfrente, esperándome, pero luego sacudí la cabeza y lo olvidé porque, ¿qué más daba? Con o sin potingues en la cara, él no iba a fijarse en mí, especialmente cuando podía posar sus ojos en cualquier otra chica del pueblo más alta, más guapa o más ingeniosa.

Suspiré con pesimismo y me acerqué a él.

—Has tardado —dijo Asher.

—Ya sabes que por unas cosas u otras siempre termino saliendo más tarde. —En ese caso, había sido porque la jefa se había empeñado en que limpiase a última hora las patas de las sillas—. ¿Te importa que hablemos de camino a casa? Estoy cansada, no quiero llegar muy tarde. —Necesitaba un baño, una cama y, sobre todo, perderlo de vista cuanto antes.

—De acuerdo. —Asher asintió y me siguió en silencio.

Él llevaba debajo del brazo una carpeta y su ropa estaba algo manchada de grasa, porque suponía que acabaría de salir del trabajo en el taller antes de

ir a recogerme. Anduvimos en silencio, los dos sintiéndonos incómodos. Asher se revolvió el pelo un par de veces antes de mirarme de reojo y coger aire para hablar.

—Siento lo que ocurrió el otro día...

—No importa. Ya está olvidado —tercié, aunque evidentemente *sí importaba* y mucho. Me había dado alas y esperanza sobre algo que llevaba esperando toda mi vida para al final dar un paso atrás. Era inevitable que me sintiese decepcionada y un poco dolida, pero aún me quedaba algo de orgullo, así que no pensaba dejar que él lo notase.

—Bien, en ese caso...

A pesar de todo, había esperado que él recapacitase. Que dijese algo así como: *“no es verdad, sí que importa, no debí haber correspondido ese beso si no sentía nada, no debí alimentar falsas ilusiones. Perdóname”*. Yo lo hubiese hecho, aunque necesitase unos días para ello. Pero, al parecer Asher prefería actuar como si no hubiese ocurrido nada. Hacer borrón y cuenta nueva. Pues bien, le demostraría que podía actuar como él. Podía fingir que todo estaba bien, aunque fuese mentira y los dos nos mostrásemos tensos y distintos.

—¿Podemos sentarnos un momento? —preguntó, señalando con la mano un banco de madera que estaba escondido entre los frondosos árboles que rodeaban el pueblo.

Dudé unos instantes, porque el lugar me parecía un poco íntimo, aunque

había una farola al lado que iluminaba la zona. Al final, asentí y me dirigí hacia allí pisándole los talones e intentando no mirar su espalda ni su trasero. Sinceramente, tenía un culo increíble. Alcé la vista cuando caí en la cuenta de que acababa de incumplir mi propia regla.

—¿Qué es lo que pasa? —inquirí cuando nos sentamos.

Noté que él puso a propósito una leve distancia entre nosotros, de manera que su pierna no rozaba la mía. Asher tomó aire y quitó las gomas de la carpeta.

—Estos días he estado informándome sobre algunos locales que están disponibles en el pueblo... —comenzó a decir como si fuese algo que hubiésemos hablado antes o sobre lo que tuviese que estar al tanto—. No hay mucha oferta, pero sí he encontrado varios que podrían ser interesantes. Por ejemplo, mira este, el alquiler no es demasiado alto y está cerca de la plaza del pueblo y justo enfrente del colegio, lo que sería genial para atraer a los padres después de dejar a los críos o las meriendas de la tarde...

Fruncí el ceño, consternada, mirando esos papeles que él me iba dejando en el regazo sin mucho orden. Estaba confundida. También sorprendida.

—¿Qué es todo esto? —Sacudí la cabeza.

—Posibles locales. Para el negocio, ya sabes. Tu negocio. La cafetería-pastelería. Era tu sueño, ¿no? Lo pusiste en aquella lista —añadió mirándome.

Parpadeé y volví a bajar la mirada hasta los papeles.

—Pero no hay ningún sueño que cumplir, Asher.

—Marian, venga, sé un poco valiente por una vez.

¿*Un poco valiente por una vez?*, tuve ganas de gritarle. ¿Cómo podía decirme eso precisamente él cuando días atrás había decidido *ser valiente* admitiendo lo que sentía, diciéndole que le quería... y lo único que había recibido había sido confusión y rechazo? Parpadeé con la esperanza de contener las lágrimas que pugnaban por salir.

—No se trata de ser valiente. —Me puse en pie—. Se trata de ser realista. Y no puedo permitirme hacer ningún tipo de inversión, por si no te has dado cuenta. Esto —dije señalando los papeles—, es una utopía. ¿De qué sirve lanzarse de cabeza hacia algo si ya sabes que cuando aterrices solo encontrarás un golpe contra el suelo?

—Eso no lo sabes. Y yo podría... —También se levantó.

—Tú podrías, ¿qué? —lo insté a seguir hablando.

—Podría dejarte el dinero. Confío en tu talento.

Cerré los ojos, respirando hondo. Posiblemente Asher no era consciente del daño que me estaba haciendo aquello, de lo contradictorio que resultaba para mí. Yo sabía que él tenía buenas intenciones, que solo quería ayudarme... pero después de lo que había ocurrido me sentía como si fuese su proyecto de caridad o su nueva tarea con la que pasar el rato ahora que mi hermano Caleb se había marchado y que él tenía más tiempo libre.

—Tengo que irme, estoy cansada.

—Espera, Marian. —Me sujetó del brazo con determinación. Yo miré sus

dedos aferrados en torno a mi muñeca y me estremecí, lo que hizo que él me soltase de golpe.

—Te agradezco tu ayuda, de verdad, pero olvídalo.

—Entonces, ¿para qué hiciste esa lista?

—¡No lo sé! —grité enfadada, tanto con él como conmigo misma por, como siempre, estar dando un paso atrás y escondiéndome en mi caparazón—. Fue una tontería, ¿vale? Era mi cumpleaños y me sentía un poco nostálgica. No era necesario tomárselo al pie de la letra ni darle más importancia, de verdad —insistí nerviosa.

—No sabía que te rendías tan fácilmente.

—¡No me estoy rindiendo! No hay nada por lo que luchar.

—Marian, deja de pisotearte a ti misma.

Se acercó hacia mí y me miró fijamente bajo la luz anaranjada de la única farola que había en la calle. Asher se mostraba serio, casi dolido o decepcionado, aunque no entendía por qué. Era yo la que debería sentirme exactamente así con él. No me parecía justo que me observase juzgándome, como si le estuviese fallando. ¡Solo había sido una tonta lista! ¿Qué más daba si no la cumplía? Ni siquiera había pensado concienzudamente lo que escribí en el papel, tan solo habían sido las primeras cosas que se me pasaron por la cabeza.

Aunque son cosas que sin duda esconden una gran verdad, dijo una vocecita en mi cabeza, pero la sacudí y me propuse olvidarla antes de

enfrentarme nuevamente a Asher.

—¿Podemos volver atrás en el tiempo y olvidar todo esto? —pregunté—. Justo hasta el día de mi cumpleaños. Regresemos allí y sigamos adelante sin todo esto... todo lo que ha pasado desde entonces... —Intenté no aturullarme—. Estoy agotada.

—Normal, trabajando en ese sitio de mierda.

Nunca me había hablado así, con tanta tensión.

—Ese *sitio de mierda* es mi único sustento.

—Y así seguirá siendo si no haces nada por cambiarlo.

—Te estás comportando como un idiota.

—Un idiota que se preocupa por ti.

Resoplé, enfadada y con los brazos cruzados como si intentase protegerme de él, aunque no lo estaba consiguiendo en absoluto. Asher tenía el poder de meterse en mi cabeza y en todas partes, daba igual las barreras que pusiese para pararlo, siempre conseguía esquivarlas y seguir adelante. Me llevé una mano a la frente, cansada.

Tomé una respiración profunda para intentar calmarme.

—Asher, te lo agradezco, de verdad, pero no necesito ayuda. Especialmente, no necesito *tu ayuda*, puedo apañármelas sola. No le demos más vueltas.

Volvió a clavar en mí esa mirada llena de decepción.

—Como quieras, si así te sientes mejor...

—No se trata de cómo me sienta, no es eso.

—Ignorar la verdad nunca trae nada bueno, créeme, lo sé por experiencia.

—Apartó los ojos de mi rostro de repente y bajó la vista hasta la carpeta que aún llevaba y que depositó en mis manos—. Aun así, quédatelo, por si acaso... Nunca se sabe.

Después no dijo nada más. Se dio media vuelta sin despedirse y se alejó de regreso hacia el pueblo. Me quedé mirándolo como una tonta hasta que desapareció al girar una esquina. Luego regresé a casa pensativa, con esa carpeta debajo del brazo.

Tal como había ocurrido tras nuestro último encontronazo, no volví a saber nada de Asher durante los siguientes días. Me concentré en el trabajo, en pasar tiempo con mi familia cuando terminaba la jornada y en largas horas tumbada en la cama, meditando, recordando aquel beso o pensando en lo caótica que me parecía mi vida sin serlo.

El viernes me animé y quedé con Julia para tomarnos una cerveza en el local nocturno que todos los que vivíamos en el pueblo solíamos concurrir. Ella ya estaba sentada en una de las mesas del fondo cuando llegué, así que me dejé caer a su lado con un suspiro.

—Suenan a *dramatismo* —dijo enarcando las cejas.

—Deja que me desahogue, llevo una semana terrible. O normal, mejor dicho. Y no estoy segura de que eso sea bueno. Todo ha cambiado mucho desde que decidí hacer esa dichosa lista y Asher la vio —añadí con amargura.

—¿De verdad te arrepientes?

—¡Claro que sí! —exclamé.

—No estoy tan segura. —Julia dio unos golpecitos en la mesa con los dedos mientras me miraba de reojo con intención—. Creo que en el fondo necesitabas algo así, un cambio que te despertase y rompiera la rutina.

—¿Estás defendiendo a Asher?

Me incliné en la mesa cuando bajé la voz.

—No del todo. Estuvo mal que dejase que confundieses lo que estaba ocurriendo y que no frenase ese beso desde el principio, desde luego. Pero...

—No me gusta cómo suena ese *pero*.

—Creo que también te ha venido bien que alguien te dé un empujoncito. En esa lista escribiste la verdad y tú lo sabes. ¿En serio pretendes seguir eternamente en ese mismo trabajo o no estar nunca con ningún chico...? —añadió casi en susurros.

Me sonrojé de inmediato. Ese era un punto de la lista que prefería ignorar que él había visto. No, no era agradable seguir siendo la única virgen entre las chicas que conocía, pero ¿qué podía hacer? Me había enamorado de un patán de jovencita y ya no había tenido ojos para nadie más. Maldita suerte la mía...

—Pues claro que no —repliqué—. Me encantaría que mi vida fuese diferente: tener un trabajo mejor y conocer a un hombre encantador con el que terminar formando una familia y encontrar mi felices por siempre jamás, pero las cosas no siempre son así.

—Eso es verdad y a veces tenemos que poner de nuestra parte para solucionarlo.

No me gustó que aquella vez Julia evitase darme la razón. Estaba acostumbrada a que, al menos, me compadeciese y me diese una palmadita en la espalda en momentos como aquel. Sin embargo, era evidente que estaba mostrándose reticente.

—Se supone que eres mi amiga —le recordé.

—Y lo soy, por eso mismo quiero que seas feliz.

Me miró con sinceridad y no pude rebatirle eso. Tan solo suspiré y me bebí mi bebida mientras ella me hablaba de sus últimos e interesantes avances en el trabajo. Cuando ya estaba pensando en irme a casa, Julia arqueó las cejas y me indicó una dirección hacia donde mirar: la puerta del local.

Ví a Asher sonriente. Una chica guapa y alegre que no reconocí le rodeaba la cintura con los brazos y reía tontamente a su lado mientras se acercaban hasta la barra.

—Lo que me faltaba —maldije por lo bajo.

Me prometí que no me echaría a llorar como una adolescente e intenté levantarme despacio para no llamar su atención y salir de allí cuanto antes. Por desgracia, él me vio. Sin embargo, lejos de soltar a esa chica y venir a saludarme, se limitó a hacerlo con un simple movimiento de cabeza antes de pedir algunos chupitos en la barra junto a otros amigos más.

Yo procuré que mi rostro no revelase cómo me sentía y salí del local sin dirigirle ni una mirada más. Caminé rápidamente hacia casa, lamentándome por no haber cogido una chaqueta fina. Durante el día hacía bastante calor, pero refrescaba al caer la noche.

Al llegar a casa, vi que mis hermanas seguían despiertas.

Cassie estaba chateando en su teléfono móvil.

Agatha leía una especie de diccionario.

—Buenas noches, chicas —les dije.

—Llegas pronto. —Cassie sonrió.

—Estaba cansada —comenté bostezando.

—Por cierto, ha llamado Caleb —contó Agatha—. Va a pasar una temporada en Londres. Ha encontrado trabajo en un restaurante...

—No sabía que supiese cocinar —dije sorprendida.

—Pues por lo visto se defiende.

La verdad es que durante los últimos años mi hermano había protagonizado tantas idas y venidas que tenía la sensación de que nos habíamos perdido muchas cosas sobre él. Antes, cuando vivía permanentemente en el pueblo, lo sabíamos todo sobre todos. Ahora, hasta sentía que mis hermanas me ocultaban cosas igual que yo lo hacía con ellas. Como lo ocurrido con Asher, por ejemplo: no les había contado nada. Suponía que también tendrían sus secretos; Agatha se mostraba cada vez más obsesionada con los estudios y Cassie al revés, apenas parecía prestar atención al hecho de que estaba a punto de empezar su último año y prefería pasar el rato saliendo o con la nariz pegada a ese cuaderno de dibujo que llevaba a todas partes y que no dejaba que ninguno pudiésemos ver.

Cogí aire y sacudí la cabeza.

—Buenas noches, chicas.

—Buenas noches —respondieron al unísono.

Me costó horrores dormirme a pesar del cansancio acumulado de toda la

semana. No hubo forma de dejar de darle vueltas a las palabras que Asher me había dicho el día que me dio la carpeta, a lo que había ocurrido antes entre nosotros... y a lo que había visto esa misma noche: él junto a otra chica, pasándosele bien.

Tenía un cóctel mental de emociones.

Lo peor fue que cuando desperté a la mañana siguiente, no me sentía con energías renovadas ni mucho mejor conmigo misma o las ideas más claras. El sol entraba por la ventana de mi habitación y estuve un rato tumbada en la cama mirando el cielo azul antes de decidirme a ponerme en pie y dar comienzo a un nuevo día.

Cuando bajé, todos estaban en el comedor, ya desayunando, aunque faltaba Caleb, claro. Sentí su ausencia de inmediato. Tiempo atrás, antes de que empezase a ir de un lado para otro sin rumbo, solía sentarse siempre en la silla que había junto a la ventana, la misma que ahora ocupaba yo a no ser que alguien se me adelantase. Aquel día, la abuela estaba allí.

—Se le ha metido en la cabeza —me susurró mamá tras ponerme dos tostadas.

—No pasa nada. —Me acomodé a su lado y le di un apretón a mi abuela en la mano, que dejó de mirar por el cristal y se giró hacia mí sorprendida, como si de repente fuese consciente de que estaba rodeada de gente—. ¿Estás bien?

—Ohh, sí, cariño —contestó con dulzura—. Pensaba en las tardes de

verano...

Vi la expresión de mi hermana Cassie, llena de dolor. Seguía siendo la que peor llevaba la enfermedad de la abuela. Daba igual cuánto hablásemos con ella o que lo viese con sus propios ojos: no soportaba la idea de haber perdido a esa persona que tanto quería, porque ahora la mujer que teníamos delante era apenas la sombra de la que había sido.

—Es verano ahora, abuela —le dijo Agatha.

—Bien, bien, luego saldremos al porche por la tarde...

Cassie sonrió más animada y se sirvió otro zumo de naranja.

—Como hacíamos cuando éramos pequeños, ¿recuerdas, abuela? Pasar las tardes en el porche de casa leyendo cuentos o...

—Cassie —la reprendí, porque era una especie de secreto que arrastrábamos durante años y, aunque fuese una tontería, me gustaba que siguiese siendo solo nuestro y de la abuela. Sin embargo, vi que mis padres ya estaban recogiendo los platos vacíos y charlando entre ellos sobre la limpieza del jardín de la casa mientras se alejaban.

—Leyéndonos las cartas —finalizó Cassie.

—Lo sorprendente es que sigas pensando en eso —replicó Agatha sin demasiado humor—. Tienes ya diecisiete años, por lo que más quieras. Es ridículo.

—¿Por qué dices eso? ¿Insinúas que la abuela nos mintió?

Aunque las unía una fuerte conexión al llevar toda la vida codo con codo,

Cassie y Agatha eran tan distintas que solían chocar a la primera de cambio. Se enfadaban a lo grande y se reconciliaban de la misma manera. Todo de forma muy rápida.

Yo me quedé callada escuchándolas, sin dejar de acariciar la mano de la abuela, que aquella mañana estaba fría y un poco temblorosa. Le puse por encima la chaqueta de punto que aguardaba en el respaldo de la silla de la cocina y ella me miró agradecida.

—¿Recuerdas lo que me dijiste, abuela? —insistió Cassie—. Que veías a un chico de colores... —Se mordió el labio inferior, con los ojos brillantes.

—¿Un chico de colores...? —La abuela la miró sin comprender. De repente parecía perdida y confundida, pero un segundo más tarde, cuando se giró hacia mí, esa expresión cambió de inmediato—. No, de colores no, sus ojos son azules.

Contuve la respiración, nerviosa. Vi que mis hermanas se inclinaban hacia la abuela a pesar de que la mesa se interponía entre todas nosotras. Durante unos segundos, ninguna de las tres respiró casi por miedo a que el momento se rompiera.

Tragué saliva con fuerza. Tenía la piel de gallina cuando la pregunta se formuló en mi cabeza y supe que iba a hacerla a pesar de que sonase ridículo, de que Agatha pudiese reírse o de que, todavía peor, mis hermanas al fin descubriesen aquel sentimiento que llevaba años guardando por miedo a que alguien más lo percibiese...

Apreté la mano de la abuela Agnes.

—¿Es Asher, abuela? ¿El chico de los ojos azules?

Silencio. Un silencio tan largo que me pareció eterno.

—Qué interesante e inesperado, ¿verdad?

Noté que se me humedecían los ojos. Eran las mismas palabras que pronunció aquella tarde tantos años atrás, cuando lanzó esas cartas en las que ninguno habíamos dejado de pensar, por mucho que Caleb fingiese lo contrario. Porque lo cierto es que mi abuela había sido buena, muy buena, ¿qué otro sentido tendría que gente de todas partes hubiese venido a verla en busca de su don? Y no solo eso, sino que habíamos comprobado en numerosas ocasiones que la gran mayoría de sus profecías se cumplían, aunque ella siempre evitase involucrar directamente a la familia en nada relacionado con sus visiones...

—¿Asher? —Cassie estaba consternada.

—¿Nuestro Asher? —preguntó Agatha.

—Un chico encantador. Unos ojos preciosos... —siguió diciendo la abuela—. Un poco terco, pero de buen corazón. Ya se dará cuenta de lo especial que eres...

—Abuela, yo... —Me había quedado sin palabras.

—¿Es la hora de desayunar? —dijo de pronto, mirando la mesa con los platos medio vacíos como si no comprendiese por qué apenas quedaban restos. Entonces todas entendimos que la abuela había vuelto a esconderse

dentro de su mundo, perdida entre recuerdos llenos de niebla que no la dejaban ver nada más.

Contuve las lágrimas mientras me levantaba.

—¿A dónde vas? —Cassie me miró—. Marian...

—Lo siento, necesito estar sola un rato.

Con los ojos húmedos, subí por la escalera hacia mi habitación. No solo estaba triste, enfadada y decepcionada, sino también confundida. Si Asher era mi chico de ojos azules... ¿qué sentido tenía? ¿Me pasaría la vida persiguiendo un imposible?

Debí haber previsto que ninguna de mis hermanas lo dejaría correr. Cassie, porque era tremendamente insistente y no había cosa que le gustase más que hablar de sentimientos. Y en el caso de Agatha... porque le podía la curiosidad. Ella era así. Todo despertaba su curiosidad y hasta que no conseguía resolver el acertijo que se le resistía o esa pregunta que se había quedado en el aire, no descansaba del todo.

Así que allí estaban las dos, sentadas en mi cama mientras dejaba de contener mis ganas de llorar y permitía que las lágrimas saliesen.

—¿Qué ha sido eso que ha ocurrido ahí abajo? —preguntó Agatha consternada, subiéndose las gafas—. Me refiero a lo de Asher, por supuesto.

—No sé si quiero hablar de eso ahora, chicas.

—Venga, somos tus hermanas. —Cassie se tumbó a mi lado, a la derecha, y Agatha terminó por imitarla y situarse a la izquierda. Éramos como una especie de sándwich, las tres mirando fijamente la pared del techo de mi habitación—. Puedes contarnos lo que sea.

—¿Estás enamorada de Asher? —Agatha fue directa al grano.

—Sí —la respuesta me salió sola y sin esfuerzo.

—¿Y llevas años escondiéndonoslo?

—Sí —repetí como un autómeta.

—¿En qué estabas pensando?

—¿En mantener mi dignidad? —bromeé sin mucho humor—.

Sinceramente, no quería que nadie lo supiese porque es un poco bochornoso.

—¿Por qué? —preguntó Cassie.

—Porque no es de ahora, ¿vale? Sino desde hace muchos años...

—Comprendo —dijo Agatha.

—Y otra cosa, ya que estamos de confianzas, ¿recordáis a Malcom, ese chico con el que salí durante el último año de instituto? Pues no perdí la virginidad con él.

—¿Qué quieres decir con eso? —Cassie se incorporó para mirarme.

—Pues... que sigo siéndolo. Virgen. Ya lo sabéis.

—Madre mía. —Cassie arqueó las cejas sorprendida.

—No es para tanto —intervino Agatha—. Yo también lo soy.

—Tú aún tienes diecisiete años —añadí antes de llevarme las manos a la cara—. Y eso es lo de menos, son otras muchas cosas... demasiadas... —Respiré hondo—. Hice una lista estúpida el día de mi cumpleaños y Asher la vio y desde entonces todo se ha empezado a complicar, pero en el fondo no sé si haber seguido como siempre habría sido mejor.

—A ver, a ver, por partes, explícate. —Agatha se sentó en la cama.

—La lista... ponía muchas cosas. Como mi sueño sobre abrir una cafetería. O atreverme a hacer algo que me diese miedo. Perder la virginidad. Y sentirme por una vez en mi vida atractiva y sexy... —Todo empezó a salir

de golpe, como si llevase un montón de tiempo guardándome aquello y fuese como un volcán que acababa de estallar—. Entonces Asher vio esa lista. Mejor dicho, me la quitó de las manos.

—Qué fuerte. —Cassie se echó a reír.

—¡No es gracioso! —protesté indignada.

—Un poco sí —apreció Agatha sonriendo.

—El caso es que se enteró de todo. Incluido lo de las *no-relaciones-sexuales*. Nada comprometedor cuando lo ve el chico que te gusta —ironizó—. Y se propuso ayudarme a tachar esos puntos de la lista.

—Oh, Dios mío. —Cassie se llevó una mano a la boca—. ¿¡Lo hicisteis en la habitación el día de tu cumpleaños con todos ahí abajo!?

—¿Qué? ¡NO, CLARO QUE NO!

—Me habías dejado muerta.

—Precisamente ese es el único punto que él procuró ignorar —especifiqué al ver las caras de mis hermanas llenas de curiosidad—. Pero decidió que el sábado pasaríamos el día juntos y haríamos algo *que me diese miedo*, por eso vino a recogerme la otra mañana. Y fuimos a un acantilado. Ya sabéis que no soporto las alturas, que tengo mucho vértigo...

—¿Pero lo hiciste? —preguntó Agatha.

—Sí. Eso fue genial —admití, recordándolo—. Todo aquel día fue perfecto, en realidad, hasta que... bueno... las cosas se torcieron. Paramos a última hora de la tarde a mitad de camino para ver un partido de fútbol y nos

emborrachamos y entonces acabamos buscando un hostel... —Me mordí el labio inferior, sintiéndome tonta.

—¿Y...? —Me instó Agatha con impaciencia.

—Lo besé. No, en realidad, nos besamos.

—No me lo puedo creer... Asher y tú...

—Pero entonces él pareció despertar de un trance y se apartó de golpe. Yo iba borracha, así que por si no me había humillado lo suficiente, le dije que lo quería... que siempre lo había querido... —Volví a llevarme las manos a la cara.

—No lo entiendo. —Agatha frunció el ceño.

—No intentes analizarlo, son hombres —le dijo Cassie.

Yo volví a echarme a llorar, no por lo que acababa de contarles, sino por el hecho de haber podido hacerlo. Necesitaba desahogarme con alguien, más allá de Julia. Tener a mis hermanas pequeñas a mi alrededor me hacía sentir arropada y segura.

—¿Y qué ocurrió después? —Agatha parecía estar analizándolo todo al dedillo, como si aquello fuese un problema matemático o de ciencias.

—Apenas hablamos. Decidimos que lo olvidaríamos todo, aunque él siguió insistiendo con el tema de la lista y a principios de esta semana me trajo esto.

Me incliné para abrir un cajón y sacar de la mesita de noche la carpeta llena de papeles que Asher había preparado para mí. No había querido ni

mirarlos, pero por supuesto Agatha me los quitó de las manos y les echó un vistazo rápido.

—Son locales. Locales en alquiler.

—Sí, supuestamente para mi futuro negocio —me burlé poniendo los ojos en blanco, porque la mera idea de imaginarlo me daba vértigo. Más que las alturas.

Agatha se ajustó mejor las gafas y repasó con más detalle la hoja que estaba señalada con una pegatina de color amarillo flúor. Carraspeó con gesto de concentración.

—No sé por qué parece tomártelo tan poco en serio.

—Venga, Agatha, no me hagas reír.

—Lo digo de verdad: creo que podría ser una buena idea. ¿Por qué no? Eres una repostera genial, lo que me recuerda que hace muchísimo que no cocinas en casa.

Apreté los labios y no le dije que eso se debía en parte a cómo me sentía. Porque el mal humor, la frustración y la inseguridad me quitaban las ganas de hacer lo que más me gustaba en el mundo. Y porque, además, hacerlo me recordaba aquello que tenía lejos.

—¡Sí! Yo creo que funcionaría —opinó Cassie.

—Vivís en las nubes, chicas. ¿Sabéis de cuánto dinero estamos hablando?

—Seguro que los papás te lo prestarían encantados.

—No quiero pedirles ningún favor...

—Pues pídeselo al banco —replicó Agatha.

—Vosotras no lo entendéis. —Negué con la cabeza.

—Entendemos que eres una cobarde que no se atreve a dar un paso adelante a pesar de que tiene todas las de ganar. Tienes a tu familia, que te apoya. Y a Julia.

—Y a Asher —añadió Cassie poniendo ojitos.

—Creo que Asher ya ha dejado claro que no está interesado.

—Pero es evidente que está ciego, porque la abuela dijo...

—La abuela se equivoca —corté a Cassie.

—¡No es verdad! ¿Sabes qué es lo que opino? Creo que depende de ti. Es decir, si quieres algo, ve a por ello. Lucha. Y no me estoy refiriendo a Asher, sino a todo lo demás, las cosas que pusiste en esa lista. ¿Quieres sentirte atractiva y sexy? ¡Pues hazlo! Esta noche mismo, es sábado, te dejo lo que quieras de mi armario. Y en cuanto al tema de estar con algún chico, creo que en el fondo nunca has intentado conocer a alguien de verdad.

—Cassie tiene razón —la apoyó Agatha.

—Chicas, no digáis tonterías...

—No, es que no lo son. Y lo mismo con el negocio, ¿de verdad quieres cumplir tu sueño o seguir en ese trabajo que tan poco te gusta? Porque depende solo de ti.

—Exacto. Y en cuanto a Asher... es probable que primero debas solucionar tus propias cuentas pendientes antes de preocuparte por eso. Deja

que sea él quien se acerque o, todo lo contrario, ve a por él y sé directa si te sientes lo suficiente segura, pero ¿sabes una cosa? Tanto una como otra opción es mil veces mejor que quedarte encerrada en casa de brazos cruzados como siempre haces. Arriésgate, sea en el sentido que sea.

Tomé aire intentando calmarme mientras mis hermanas me miraban con los ojos brillantes tras aquel discurso que entre las dos acababan de dar para dejarme sin palabras. Porque en el fondo sabía que tenían razón, solo que era más fácil seguir dentro del caparazón que tomar las riendas y salir a por todas. Pero ¿qué quería? ¿Realmente los puntos de esa lista eran una tontería o de verdad necesitaba ir tachándolos uno a uno?

Miré a Cassie mientras sorbía por la nariz.

—No creo que me quepa nada de tu talla...

—Deja de decir tonterías, ¡vuelvo en seguida!

Cassie desapareció corriendo de mi habitación con una sonrisa y yo me quedé aún confundida con los ojos de Agatha clavados en mí. Nos sonreímos en silencio.

Nos pasamos todo el día haciendo el tonto.

Cassie me cortó las puntas, luego me lavé el pelo y estuve media tarde con la mascarilla puesta mientras Agatha me pintaba las uñas minuciosamente y Cassie iba sacando de su armario todos los vestidos que había acumulado ahí, una cantidad tal que daría para montar un mercadillo solidario. Era excesivo.

—¡Por Dios, Cassie, si algunos aún tienen la etiqueta puesta!

—Eso es porque no he encontrado la ocasión para estrenarlos... pero no quiere decir que no lo haga pronto. —Sonrió animada, mostrando sus dientes blanquísimos y rectos que destacaban sobre el piercing que se había hecho el año anterior debajo del labio. También tenía otro en la nariz, un aro pequeño.

—Insisto en que dudo que nada me quepa.

—Deja de ser tan negativa, tengo vestidos de todo tipo, algunos más elásticos o sueltos que otros. Mira este, ¿qué te parece? —Sacó uno que consistía en una falda de tul rosa y pomposa en contraste con el corsé negro y escotado.

—¿Te has vuelto loca? Eso solo puede quedarle bien a Katy Perry o a gente como a ti, que eres capaz de llevar la ropa y que la ropa no te lleve...

—Ya estás divagando. —Puso los ojos en blanco.

—Quiero sentirme *atractiva y sexy*, eso es cierto. Pero también es verdad

que quiero hacerlo y seguir sintiéndome yo, no sé si me explico. No busco cambiar mi identidad.

—Yo sí lo entiendo —intervino Agatha.

—¿Entonces qué buscas? —preguntó Cassie.

—Algo neutro. Ya sabes, el tipo de colores que suelo usar...

—Es decir, negro. —Revolvió en el armario, buscando.

—Sí, pero que no sea estilo *Morticia Addams*.

—Genial, nada de parecer un vampiro...

Cassie pareció recordar algo de golpe y apartó algunos vestidos hasta dar con lo que quería. Sacó uno de color negro, ajustado por la parte superior y con un escote en forma de corazón de lo más favorecedor, igual que la falda más suelta que caía hasta quedar por encima de la rodilla y que tenía el dibujo de algunas estrellitas con lentejuelas. Tenía un toque dulce en contraste con lo sexy de la zona de arriba. Me enamoré en cuanto lo vi.

—Y aún lleva la etiqueta —añadió sonriente.

—¡Me encanta! Ahora crucemos los dedos para que sea de mi talla.

—Estoy segura de que sí. —Agatha me sonrió.

Unas horas más tarde, estaba entrando en el local de la plaza del pueblo, con la cabeza alta, los hombros rectos y los labios que me había pintado de rojo curvados en una sonrisa. Y sí, me sentía atractiva y sexy, también contenta por haberme atrevido a tachar un punto de la lista yo sola, tan solo por el mero placer de hacerlo. Estaba orgullosa.

Noté algunas miradas curiosas mientras me abría paso entre la multitud y buscaba la mesa del fondo en la que había quedado con Julia. Dejé el bolso colgando a un lado de la silla. Mi amiga me miró, abrió la boca sorprendida y sacudió la cabeza.

—Guau —dijo sin apartar sus ojos de mí.

—Espero que eso sea una buena señal.

—Estás impresionante —añadió.

—Gracias. —Sonreí contenta—. Me apetecía arreglarme un poco. No sé cuánto tiempo hace que no lo hacía. Quizá años... —El camarero se acercó—. Un margarita, gracias.

—¿Esto es por lo de esa lista? —preguntó Julia.

—Sí, por eso y porque creo que ya va siendo hora de que empiece a preocuparme un poco por mí. —Suspiré sonoramente—. Ahora mismo siento que todo el mundo me está mirando y es incómodo, pero ¿sabes qué? Me da igual. No pienso marcharme.

—Ciertamente, sí, todo el mundo te mira. Pero no me extraña, es difícil apartar los ojos de ti y de ese... ese tremendo escote... ¡Demonios, Marian, ni siquiera sabía que tenías esas tetas! ¿Cuánto tiempo llevas escondiéndolas? — Se echó a reír.

Yo me sonrojé, como era de esperar. No es que tuviese un pecho muy grande, pero aquel escote con forma de corazón lo resaltaba justo de la forma apropiada.

—No lo sé, pero me he cansado de hacerlo —dije.

—Y yo me alegro por ello. ¡Brindemos!

Alzó su copa en alto y la chocó con la mía.

—¡Eso, brindemos y divirtámonos!

Y eso hicimos. Dos copas después, bailábamos en medio del local junto a otras chicas que conocíamos de vista desde que éramos pequeñas, porque era difícil que hubiese alguien de Beaufort con quien no nos hubiésemos cruzado varias veces. La música de moda del momento hizo el resto y ayudó a que nos animásemos y nos riésemos juntas. Hacía una eternidad que no me sentía así, probablemente desde los diecisiete o dieciocho. Especialmente, el último año había sido gris y no entendía por qué. Puede que aún tuviese muchos sueños que cumplir y metas que tachar, pero era joven, tenía una familia que no cambiaría por nada y una amiga que llevaba a mi lado desde la guardería.

Debería haber disfrutado más de la vida...

Me propuse recuperar el tiempo perdido.

—Oh, mira, ahí están esos turistas que vinieron la semana pasada —me dijo Julia al oído señalando a un grupo de jóvenes. Como trabajaba de guía turística, cada verano se relacionaba con gente nueva y quizás no tenía tanto como yo esa sensación de estar atrapada en el pueblo y ver constantemente las mismas caras.

Saludó a los tres chicos con la mano en alto y ellos se acercaron tras pedir unas bebidas en la barra. Parecían simpáticos. Eran más o menos de nuestra

edad, puede que un poco más, con sonrisas despreocupadas y aspecto relajado al estar de vacaciones.

—Encantado. —Me dijo uno de ellos, tendiéndome la mano—. Erik.

—Marian —contesté sin titubear—. Y lo mismo digo.

—Curioso lugar —comentó mirando alrededor.

—¿Este? —Arrugué la nariz—. Un local normal y corriente.

—En California no hay muchos sitios así —explicó alzando la voz para hacerse oír por encima del volumen de la música. Me fijé en su aspecto: tez bronceada, cabello rubio, ojos verdes (sacudí la cabeza para ignorar las palabras de la abuela Agnes).

—Entonces todo aquí os parecerá una novedad.

—La verdad es que sí. Es tan tranquilo...

Sonrió, como si eso le pareciese una ventaja y no todo lo contrario. A decir verdad, por mucho que me quejase a veces de lo pequeño que era Beaufort, tampoco me imaginaba viviendo en ningún otro sitio y mucho menos en una de esas grandes ciudades donde sus habitantes parecen siempre estresados, sin tiempo para nada y ojeras por falta de sueño.

—Comprendo. ¿Y qué os ha traído aquí?

—Justo eso. Buscábamos un poco de calma. —Noté que sus ojos se perdían unos segundos en mi escote—. Aunque no en todos los sentidos, claro.

—Me guiñó un ojo.

¿Está coqueteando?, gritó una voz en mi cabeza.

Sí, lo estaba haciendo, era la única explicación para que me mirase con esa sonrisa que quitaba la respiración. No dijo nada más cuando empezó a sonar otra canción y posó sus manos en mi cintura mientras empezaba a moverse al son de la música. Intenté relajarme. Así era como debían ser las cosas o como las vivía el resto de la gente, ¿verdad? Salir una noche, sentirse atractiva, conocer a un chico encantador que parecía tener ganas de divertirse... Me concentré en sus hombros, que quedaban a la altura de mis ojos.

Hasta que Asher se cruzó en mi campo de visión.

Casi parecía un espejismo, al fondo del local, dándole un trago a morro de su cerveza mientras un amigo le decía algo que él no parecía estar escuchando, porque su mirada no se despegaba de nosotros ni un segundo. Y no parecía precisamente feliz, ni tampoco me saludó con la cabeza e hizo ningún gesto amistoso, lo que solo consiguió cabrearme más.

¿Por qué yo tenía que soportar verlo cogido de la mano de una chica cualquiera y fingir que no me molestaba cuando él no hacía lo contrario? Peor aún, Asher había tenido la oportunidad de que *lo nuestro* fuese algo *más*, pero me había rechazado. Así que no entendía a qué venía ahora esa actitud de perdonavidas ni la tensión en su mandíbula.

—¿Estás bien? —me preguntó Erik al oído.

—Sí, perdona, estaba distraída —contesté.

—Podemos salir a tomar el aire, si lo prefieres.

Yo sabía lo que eso significaba. Lo miré a los ojos. Saldríamos, hablaríamos un rato, nos reiríamos de alguna que otra broma y luego él me preguntaría si quería acompañarlo a su hotel. Había visto esa situación muchas veces a través de Julia, a la que le apasionaban los amores de verano, especialmente si eran con turistas que siempre terminaban por marcharse y dejarla tranquila poco después; ella no buscaba una pareja, sino divertirse, pasarlo bien.

¿Y qué buscaba yo? Ni siquiera lo sabía.

Quería tachar puntos de mi lista. Quería dejar de ser virgen, de sentirme un bicho raro, la chica poco deseada a la que nadie miraba más de dos veces...

Y esa noche había roto aquello, siendo muy consciente de que, por primera vez, no pasé inadvertida al entrar en el local. Pero, aun mejor, me gustaba cómo me había sentido conmigo misma mientras me arreglaba con la ayuda de mis hermanas y cuando bailaba después en mitad del local junto a mis amigas... Había sido liberador, como salir de una jaula.

Puede que seguirle el juego a Erik fuese igual.

—De acuerdo. —Tragué saliva, acepté su mano e ignoré la penetrante mirada de Asher que parecía seguirme mientras nos encaminábamos hacia la puerta.

—¿Pillo un par de cervezas antes? —preguntó Erik.

—No, creo que prefiero una Coca-Cola... —Tenía la boca seca.

—Vale, espera un momento aquí en la puerta y yo...

Pero no terminó la frase, porque una figura alta y de movimientos secos se paró entre él y yo. Asher. Me rodeó los hombros con un brazo como si fuese mi hermano mayor, algo que me molestó de sobremanera. ¿Qué diantres estaba haciendo...?

—Creo que es hora de que te acompañe a casa —dijo.

—¿Es una broma? —Lo miré alucinada—. Asher, apártate.

—Lo siento, se lo prometí a tus padres... —mintió.

—¿Quién eres tú? —Erik frunció el cejo.

—Un amigo de la familia —respondió Asher secamente—. Venga, vamos, Marian. Y ponte mi chaqueta —puntualizó colocándomela encima de los hombros—. Te vas a resfriar con tan poca ropa —añadió entre dientes evitando mirarme el escote.

Estaba furiosa. Estaba tan furiosa que me contuve para no apartarlo de un empujón delante de todo el mundo y montar un espectáculo. Respiré hondo, pero no dudé en quitarme la chaqueta de los hombros y lanzársela de malos modos.

—Gracias por tu caballerosidad —me burlé—, pero tengo veintidós años, creo que puedo decidir sola qué quiero hacer o irme a casa cuando me dé la real gana.

Los ojos azules de Asher echaron chispas. Apretó los labios.

—No si estás borracha —insistió.

—¡No lo estoy! ¿Qué pasa contigo?

Era cierto. Me había bebido un par de copas, pero era plenamente consciente de todo, nada que ver con la noche que Asher y yo nos habíamos divertido juntos tras el viaje inesperado al acantilado. Miré a Erik, que parecía confundido y un poco incómodo.

—Perdona por esto, yo... —No sabía qué decir.

—No importa. Será mejor que vuelva con mis amigos.

Me sonrió con amabilidad antes de dar media vuelta y dejarme a solas con Asher, que parecía satisfecho tras verlo desaparecer. Yo, en cambio, quería zarandearlo y gritarle por ser tan sumamente egoísta y desconsiderado y poco empático.

—Mejor no digas nada —le aconsejé cabreada.

Estaba a un paso de estallar como un volcán.

No volví a mirarlo antes de dar media vuelta y salir sola del local. El viento de la noche me sacudió el pelo y me lo metí por detrás de las orejas antes de echar a andar por la calle con los brazos cruzados contra el pecho y los nervios a flor de piel. No entendía por qué Asher parecía dispuesto a involucrarse en mi vida de esa manera, a opinar y decidir cuando nunca le había pedido nada. Le estaba agradecida por lo que había hecho hasta entonces, pero había llegado el momento de que, una vez aclarado todo y olvidado, tomásemos caminos diferentes. Siempre sería un gran amigo y un apoyo, pero si seguía revoloteando a mi alrededor jamás conseguiría rehacer

mi vida.

Me encogí al recordar las palabras de la abuela aquella misma mañana. Había dejado caer que sí, que Asher era el chico de los ojos azules, mi futuro y mi imposible, una rueda que no dejaría de girar y de la que no sabía cómo salir. Quizás estaba destinada a ser eternamente infeliz, atrapada entre mi destino y aquello que no podía alcanzar.

Sacudí la cabeza, enfadada. ¿Por qué? ¿Por qué?

—¡Marian, espera! —gritó a mi espalda.

Ignoré su voz. No quería escucharlo ahora.

—¡Maldita sea! ¿Cómo puedes correr tanto con esos tacones? —Jadeó mientras hablaba hasta que consiguió alcanzarme y pararse delante de mí. Estábamos un par de calles alejados del local, así que las voces y la música ya apenas se escuchaba—. No te vayas así.

—¿Y cómo quieres que me vaya? —grité cabreada.

—¡No lo sé, pero no así! —Se atusó el pelo—. Demonios, Marian, ¿por qué todo se ha complicado tanto? No debería —suspiró sonoramente.

—¿No debería? —Me crucé de brazos—. ¡Claro que no! Eres tú el que está provocando todo esto... esto... ¡lo que sea que esté ocurriendo! —exclamé—. ¿Cuál es tu problema? Yo solo quería divertirme esta noche con mis amigas y pasarlo bien con un chico y...

Asher entrecerró los ojos cuando vio que titubeaba.

—¿Pensabas acostarte con él? ¿Era eso?

—Si lo fuese, no es asunto tuyo —repliqué—. Esa es la cuestión, Asher. Que no entiendo qué pintas tú en todo esto, en mi vida, en mis decisiones.

—Yo... —Parecía consternado y confundido.

Lo miré decepcionada. Luego me mordí el labio.

—Te agradecería que a partir de ahora no interfieras en mi vida. Al menos, en las cosas que no te incumben —añadí antes de dar media vuelta y retomar el paso. O intentarlo, porque frené cuando él me sujetó de la muñeca con firmeza.

—El problema es que no puedo hacerlo...

—Asher —dije, dispuesta a rebatirle aquello, pero no fui capaz de decir nada más cuando su boca chocó con la mía con fiereza y sus manos me rodearon la cintura pegándome más a su cuerpo duro y sólido, atrapándome sin remedio en un torbellino de emociones.

—¿Qué estamos haciendo? —pregunté entre beso y beso.

—No lo sé, no lo sé, no me lo preguntes... —La lengua de Asher acarició la mía y nos fundimos en un beso lleno de deseo, pasión y nervios—. Marian...

Me encantaba cómo sonaba mi nombre cuando lo pronunciaba así, como si quisiese cerciorarse de que estaba justo delante de él, besándolo sin parar. No recuerdo cómo ocurrió, pero en algún momento nos estábamos moviendo sin dejar de acariciarnos y cuando quise darme cuenta los dos habíamos llegado hasta el portal del edificio donde Asher vivía, apenas a unas calles de distancia de allí. Tenía la espalda pegada contra la puerta, aprisionada por su cuerpo y el calor que desprendía. Dejó de besarme y me sujetó las mejillas con las manos.

—Dime que pare esto —me rogó mirándome.

—No. Sabes que no puedo —contesté—. Sabes... que quiero más.

Lo vi mascullar entre dientes un par de maldiciones, como si llevase a cabo algún tipo de lucha interna que lo estuviese consumiendo. Pero cuando colé la mano bajo su camiseta y le acaricié la espalda desnuda, se estremeció y vi cómo todas sus dudas se disipaban de golpe cegadas por un deseo profundo e intenso. Me mordió el labio inferior mientras nos colábamos en el

portal y no dejó de besarme durante el corto trayecto de dos pisos en el ascensor. Cuando entramos en su apartamento, estaba a punto de morir por combustión espontánea de un instante a otro. Nunca había necesitado así el contacto físico con una persona. Pero Asher siempre sería mi talón de Aquiles.

—Cuando te he visto con este vestido, pensé que iba a enloquecer —dijo mientras se apartaba unos centímetros para volver a mirarme. Sus ojos se quedaron unos segundos más en el escote con forma de corazón—. Eres la chica más increíble que he conocido nunca y lo peor de todo es que no lo sabes —añadió al tiempo que una de sus manos se deslizaba por mi cintura y llegaba al borde del vestido, por donde se coló.

Cerré los ojos, presa del deseo. Así que eso era... Así era como se sentía todo el mundo con respecto al sexo, el placer y acariciar otro cuerpo. Yo no me había sentido así hasta entonces, como si la habitación hubiese aumentado varios grados y estuviésemos a punto de desfallecer. El corazón me latía tan rápido que me costaba respirar.

—Quítamelo —le pedí en un susurro.

—Santo Dios. —Asher cerró los ojos.

—Hazlo, por favor.

Me di la vuelta para que pudiese acceder a la cremallera. Lo quería todo con él. Siempre había deseado que fuese el primero, porque sabía que con nadie iba a sentirme tan cómoda para aquella primera vez. No sabía qué era exactamente lo que él sentía por mí, si se trataba solo de deseo y morbo o se

sentía como yo lo hacía cuando lo miraba, pero me daba igual. De un modo u otro, quería tachar ese punto de la lista entre sus brazos.

Noté que Asher me apartaba el pelo de la nuca para buscar la cremallera y luego empezó a bajarla tan lentamente que me faltó poco para ponerme a gritar de impaciencia.

Cuando terminó, el vestido se deslizó hasta el suelo y me quedé en ropa interior. Todavía peor, en braguitas, porque no me había puesto sujetador bajo el corpiño ajustado.

Me giré hacia él, que contuvo la respiración sin dejar de mirarme.

—Joder. —Me besó con brusquedad.

A partir de ahí todo se volvió difuso y mis recuerdos se empañaron en cuanto él también se quitó la ropa y pude verlo completamente desnudo. Terminamos en su cama, besándonos sin descanso. Asher lo hizo por todas partes. Me besó los pechos, el estómago y luego... bajó todavía más. Me separó los muslos con las manos y su lengua recorrió la piel que encontró a su paso, consiguiendo que terminase gritando de placer.

—No puedo creer... que el sexo... sea así... —jadeé.

—Esto son solo los preliminares —comentó con una sonrisa lasciva mientras se colocaba sobre mí, mirándome a los ojos—. No quiero hacerte daño.

De repente, parecía haber dado un paso atrás.

Lo sujeté de la barbilla para que no apartase la mirada.

—Es inevitable. Y siempre soñé que fuese contigo.

—No me digas eso —inspiró profundamente.

—Es la verdad, Asher. Quiero esto, por favor.

Cogió aire con fuerza y me acarició entre las piernas antes de separarme las rodillas con delicadeza tras ponerse un preservativo que sacó de la mesilla de noche. Noté poco después su erección dura y latente presionando entre la humedad. Sentí cómo empezaba a colarse lentamente en mi interior y lo abracé con fuerza, reteniéndolo junto a mí.

Lo escuché resoplar contra mi cuello cuando se hundió de golpe en mi interior. Apreté los labios para contener el leve gritito de dolor que intentó escapar. Él apoyó los brazos en el colchón para alzarse y poder mirarme. Me acarició la mejilla con una mano.

—¿Estás bien? Ya pasó.

—Estoy perfectamente.

Moví las caderas contra él, que gimió en cuanto lo hice. Luego, como si llevase todo aquel tiempo reprimiéndose, me embistió con fuerza. Fue mejor que todo lo que había imaginado hasta entonces. Sentir su cuerpo unido al mío y sus manos acariciándome por todas partes mientras el placer nos arrastraba inevitablemente.

—Mírame, Marian —me rogó—. Mírame y córrete.

Fue como si sus palabras desbordasen todo aquel placer. Me dejé llevar, aferrándome a sus hombros mientras él me penetraba cada vez más rápido, con

el cuerpo tenso y sus ojos azules fijos en mí, esos ojos que marcaban mi destino...

Nuestros gemidos de unieron antes de que el silencio lo llenase todo. Nos quedamos quietos, abrazándonos. No podía soltarlo. No quería soltarlo.

Tenía la sensación de que aquello solo había sido un sueño momentáneo que se desvanecería en cuanto nos moviésemos. Hacía apenas una hora, estaba en aquel local evitando su mirada penetrante y ahora su piel calentaba la mía entre las sábanas. Todo había sido precipitado e imprevisto y ya no sabía qué pensar. Es más, no quería pensar...

—Marian —dijo con la voz queda y supe lo que venía a continuación: hablar de lo que acababa de ocurrir. El problema era que no quería. Lo único que deseaba era quedarme allí para siempre, abrazándolo y sintiendo el calor que su cuerpo aún desprendía.

—No hace falta que digas nada.

—Yo creo que sí. —Me besó la frente.

—No, de verdad. Lo sé. Sé lo que vas a decir. Todo eso de que solo ha sido un error, que no estás enamorado de mí, que el deseo te ha nublado la razón... pero ¿sabes qué? No me importa. Porque quería esto. Que la primera vez fuese contigo. Y a partir de aquí seguiré adelante, dejaré todo esto atrás. Creo que puedo hacerlo...

—Cállate ya. —Me cerró la boca con un beso.

—Pero...

—Eres tonta.

—¿Asher?

—Porque de lo contrario te habrías dado cuenta de todo. —Me dio otro beso, todavía encima de mí bajo las sábanas—. De que llevo años loco por ti, intentando no estarlo, no sentir lo que siento. Y me mataba verte tan triste últimamente, tan apagada con lo genial que eres cuando coges las riendas y te levantas, como ahora...

Cogí aire para evitar llorar. Sacudí la cabeza.

—No lo entiendo.

—Oye, no llores. —Asher se separó un poco para poder limpiarme las lágrimas con los pulgares antes de besarme las mejillas—. Mírame, Marian.

—Es que no lo entiendo... Todo este tiempo...

—No podía. Y no debería ahora tampoco.

—¿Por qué? —Me incorporé en la cama.

—Porque no te merezco. Y porque no sabría... no sé cómo se lo tomaría tu familia si se enterase, sobre todo tu hermano... Y tu padre... Qué desastre.

Se revolvió el pelo con las manos, cada vez más nervioso.

Lo sujeté de la barbilla para que me mirase.

—Somos adultos, Asher.

—Ya.

—Ellos se alegrarán.

—No me he labrado precisamente una buena fama.

—Puede. Pero todos saben que tienes buen corazón.

—Me da miedo que las cosas se vayan a la mierda.

—¿Y quién no tiene miedo? —repliqué.

—Ven aquí. —Me abrazó con fuerza.

—¿Esto significaba que existe un *nosotros*? —pregunté.

—Nunca he tenido una relación seria —confesó.

—Ya lo sé. Pero siempre hay una primera vez.

Asher rompió el abrazo para besarme. Era cierto. Nunca había tenido relaciones largas ni yo tampoco. Y entendía que le diese miedo que probásemos y que al final el asunto no funcionase, porque nuestras familias y el entorno podrían verse dañados por el camino, pero ¿y lo que podríamos ganar? Si conseguíamos que funcionase...

—Te quiero, Asher —le susurré.

Él no contestó, pero a mí me bastó con que me arropase entre sus brazos. Volvieron las caricias e hicimos el amor de nuevo, esa vez de una manera más lenta e intensa, sin dejar de mirarnos todo el tiempo, moviéndonos a la vez. Mientras ocurría, pensé que habían valido la pena aquellos años queriéndolo en silencio. Y que la abuela Agnes tenía razón. Que el chico de ojos azules estaba destinado a ser parte de mi futuro y que solo podía ser Asher...

En algún momento antes de que nos quedásemos dormidos, le mandé un mensaje a mi hermana Cassie para que avisase a mis padres de que no volvería a casa. Luego, sencillamente me abandoné al sueño con nuestras

piernas entrelazadas y mi cabeza apoyada en su pecho.

Cuando desperté a la mañana siguiente, aún era temprano.

Asher dormía. Parecía un ángel recién caído del cielo entre las sábanas blancas. Pensé que nunca había conocido a ningún chico tan guapo como él. Y que sus labios eran perfectos. Quise besarlos, pero me contuve para no despertarlo.

Salí de la cama sin hacer ruido.

Me preparé en la cocina el desayuno y revisé algunos armarios en busca de galletas, pero no había gran cosa. Entonces volví a sentir esas ganas llamando a la puerta. Las de hacer algo por mí misma, lo que mejor se me daba, aquello que había dejado de lado...

En cuanto me terminé el café con leche, intenté reunir los pocos ingredientes útiles que Asher guardaba en su cocina. Estaba claro que no la utilizaba demasiado y, además, la nevera estaba casi vacía. Pero había algo de fruta y, cuando quise darme cuenta, ya tenía en mente lo que quería hacer y acababa de encender el fuego del hornillo.

No sé qué hora era cuando vi aparecer a Asher por la puerta de la cocina, solo vestido con los pantalones de pijama y bostezando. Estaba guapísimo con el pelo despeinado.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó—. ¿Y a qué huele?

—A bizcocho —señalé el horno—. Ya casi está.

—Esto debe de ser un sueño —dijo bromeando.

Se acercó hasta mí, me rodeó por la cintura y me besó. Con la tontería acabó subiéndome a la encimera y colocándose entre mis piernas, cada vez más excitado.

—Harás que se me queme todo. Tengo la mermelada de fresas a medias...

—Mmmm, mermelada —susurró con deleite.

—Deja que la remueva.

Conseguí escapar de sus brazos y me acerqué hasta la cazuela para remover el contenido. Le indiqué a él que quedaba café hecho y se preparó una taza sin dejar de mirarme.

—¿En qué piensas? —le pregunté.

—En que me gustaría que todas mis mañanas fuesen así.

Sonreí y luego saqué el bizcocho del horno y Asher lo cortó por la mitad para rellenarlo con la mermelada. No pudo evitar coger un pellizco y le di una palmada en la mano.

—No se prueba hasta el final.

—Está increíble —dijo relamiéndose.

Terminamos los dos en el sofá disfrutando del pastel, yo con mis piernas sobre las suyas. No podía dejar de mirarlo, dándole vueltas a todo lo que había ocurrido, el giro que acababa de dar mi vida desde el día de mi cumpleaños semanas atrás, cuando hice esa lista sin pretensiones y más tarde me propuse cumplir los puntos uno a uno.

—Hay algo que me intriga —comenté.

—A ver, cuéntamelo.

—¿Desde cuándo te gusto?

Asher sopesó su respuesta un rato.

—No estoy seguro. —Suspiró—. Puede que haga un año o dos. Quizá más. Ni siquiera me lo tomé muy en serio al principio, creí que solo me sentía así porque te tenía cariño o porque me era más fácil estar contigo que estar con cualquiera, por la costumbre.

—Entiendo.

—¿Decepcionada?

—No, si siquiera imaginé que te hubieses fijado en mí.

—¿Por qué no iba a hacerlo? —replicó mirándome.

—Ya sabes, está esto de aquí... —dije tocándome la barriga de donde salía un pequeño michelín en cuanto me inclinaba un poco—. O el hecho de que tengas a tantas chicas detrás. O de que siempre te haya visto rodeado de ellas y nunca me mirases.

—Sí te miraba —contestó en un susurro.

—Disimulabas muy bien.

—Ya lo sé. Es que... bueno... —Se revolvió el pelo. Yo sabía que siempre hacía eso cuando se ponía nervioso, puede que para no tener las manos quietas.

—Venga, dímelo. No te guardes secretos.

—Una vez, hace ya más de un año, estabas en el jardín de tu casa tumbada

en el césped tomando el sol, aunque aún era primavera y llevabas puesto un vestido. Creo que estabas leyendo un libro de recetas de cocina o algo así. — Hizo una pausa—. Yo salí al porche y no podía dejar de mirarte, porque desde ahí no me veías y era libre de hacerlo...

—Sigue —lo animé, recordando aquel día.

—No tuve en cuenta que tu abuela estaba sentada a mi lado, en la mecedora en la que tanto le gusta estar. Pensé que no se fijaría, hacía ya un tiempo que había empezado a perder la memoria. Pero entonces me miró y me dijo... me dijo...

—¿Qué te dijo? —Tenía el corazón en un puño.

—Que no te hiciese daño —confesó.

—¿Y eso es malo? —No lo entendía.

—No, pero me hizo pensar... que quizás no era bueno para ti o que terminaría por hacerte sufrir en algún momento. —Se llevó las manos a la cara—. No lo sé, Marian. Pero me propuse evitarte con más fuerza. Por eso y porque tenía miedo de mí mismo, no quería que terminases siendo una chica más, de esas que al final...

—Olvidas —concluí por él, que asintió.

Nos quedamos callados. Yo no podía hacer nada para evitar aquello. ¿Cómo saber si Asher me quería de la misma manera que yo le quería a él? ¿Cómo tener la certeza de que conseguiríamos que lo nuestro funcionase? Nos conocíamos desde siempre, pero no como pareja. Era un escalón diferente. Sin

embargo, la abuela lo había visto... que era el chico de los ojos azules... Y lo que le dijo aquel día en el porche solo fue una advertencia porque sabía lo que iba a ocurrir, porque no quería que lo pasase mal...

Me entraron ganas de llorar al pensar en la abuela Agnes, pero me sobrepuse. Asher se dio cuenta y me abrazó con fuerza, estrechándome contra él en el sofá.

—Hey, ¿qué te pasa, Marian?

—Nada, es solo que llevo esperándote demasiado tiempo...

—Pues ya estoy aquí. —Me aseguró.

Quise creer en sus palabras y cerré los ojos.

Recuerdo poco de los siguientes días. No sé cómo, pero terminamos adaptándonos a la nueva situación como si siempre hubiésemos estado juntos. Fue extraño y natural al mismo tiempo. Les dije a mis padres que estaba saliendo con alguien, pero no les confesé de quién se trataba porque acordé con Asher que se lo comunicaríamos a todos durante el cumpleaños de la abuela Agnes que celebraríamos en el jardín de mi casa la próxima semana.

Tan solo mis hermanas sabían lo que estaba ocurriendo.

—¡Es tan romántico! —exclamó Cassie un día, mientras me arreglaba en mi habitación poco antes de salir para pasar la noche en casa de Asher—. Cuéntanos algo más.

—No seas cotilla. —Me reí.

—¡Pero es que estoy emocionada! Esta es la prueba fehaciente de que la abuela tenía razón y de que lo que ve es cierto. Y eso significa que tengo que encontrar a mi chico de colores, esté donde esté. —Se llevó un dedo a la barbilla, pensativa.

—Podría ser mera casualidad —opinó Agatha.

—¿Cómo puedes seguir teniendo dudas?

Cassie parecía aferrarse con fuerza a las palabras de la abuela.

—Porque es como creer en la magia, algo complicado.

—¿Y? Yo estoy segura de ello —insistió Cassie.

—Y yo —admití—. Pero también creo que tiene que ocurrir en el momento que deba ser. No sé si entiendes a qué me refiero...

—Pues no, no lo entiendo. —Cassie resopló.

—Me refiero a que tienes diecisiete años y no se trata de ponerte a buscar a ese chico de colores, sino de mantenerte atenta por si algún día aparece.

—¿Y me lo dices tú que te has pasado años esperando a Asher?

—Por eso mismo sé que es un error. —Suspiré, porque ahora era consciente de que nada justificaba que me hubiese abandonado a mí misma o que llevase aquel año viviendo una vida gris, o que no me hubiese relacionado con ningún otro chico antes, aunque no llegase a dar el paso final—. Los años pasan y no vuelven, Cassie.

—Eso ya lo sé.

—No te obsesiones, llegará cuando tenga que ser.

Agatha nos observaba aún con la duda en su semblante. No dijo nada antes de seguir enfrascada en el libro que tenía entre manos cuando se dejó caer en mi cama. Yo me marché poco después. Me despedí de mis padres y de mi abuela dándole un beso en la mejilla y luego me fui caminando hasta el centro del pueblo con esa sonrisa permanente que no conseguía borrar de mi rostro. No se trataba solo de lo que había ocurrido con Asher, sino también de cómo me sentía conmigo misma aquellas últimas semanas. Los veintidós estaban siendo diferentes. Había tachado muchas cosas pendientes de la lista de mi

vida. Y aunque seguía trabajando en la cafetería y aguantando a una jefa terrible... hacía noches que había empezado a echarle un vistazo más concienzudamente a los locales en alquiler que Asher me había preparado en esa carpeta que me llevé a casa la última vez que discutimos.

Sin embargo, aún no me decidía. Para empezar, porque no era tan sencillo.

Eso mismo hablamos por la noche, tras cenar el pollo asado que él se había pasado toda la tarde preparando (estaba un poco quemado y había olvidado ponerle la mitad de los ingredientes, pero el gesto fue suficiente como para entermecerme).

—Vale, explícame todos esos problemas que te impiden dar el paso — dijo mientras me servía otra copa de la botella de vino que había descorchado para cenar.

—Pues... está el tema del riesgo, por supuesto.

—Eso es inevitable, Marian.

—Ya, pero aun así me preocupa.

—¿Pretendes dejar un trabajo y abrir tu propio negocio sin correr ningún riesgo? Es imposible. Ni siquiera debería estar entre los puntos en contra. Se trata de una especie de daño colateral, pero valdrá la pena, créeme.

—Yo no estoy tan segura.

—Dime más problemas.

—Pues el dinero, claro. Necesitaría bastante para empezar. En primer lugar, todos esos locales llevan mucho tiempo sin estar alquilados y ninguno se

adapta a lo que yo quiero. Es decir, que solo la reforma ya se llevaría buena parte de mi presupuesto, por no decir toda.

—¿Cómo te gustaría que fuese el local?

—Luminoso, amplio. El que viste cerca de ese colegio era perfecto, tengo que darte la razón. Pero faltaría todo lo demás. Acondicionar la cocina, poner una barra larga que atravesase y separase las zonas, un expositor para los productos y algunas mesas para tomar algo allí, no muchas, quizás cuatro o cinco, prefiero abarcar lo que pueda y no ser avariciosa en ese sentido. Me gustaría que fuese en tonos neutros, blancos, con algún toque azul. Creo que una decoración bonita y actual atraería también a los turistas en verano.

—Julia podría recomendar el local, desde luego —añadió Asher.

—Sí. —Suspiré, indecisa—. Pero no tengo tanto dinero.

—No hace falta que lo hagas todo de golpe.

—Ya, esa dichosa reforma...

—Tampoco hay tanto que cambiar.

—¿Podemos hablar de otra cosa? Por ejemplo, de nosotros.

—Me gusta cómo suena eso. —Sonrió—. Así que tus hermanas se alegran de tenerme como cuñado. Va a ser una comida divertida —bromeó.

—Sí. —Pensé en contarle lo de la abuela, aquel secreto que compartía con mis hermanos, pero al final decidí guardármelo para mí—. Y seguro que mis padres también se alegran.

—En cuanto a Caleb... —Asher dudó y suspiró—. Déjame a mí.

—¿Estás seguro?

—Sí, lo llamaré un día de estos. Hablaré con él.

—De acuerdo. —Me levanté y le di un beso.

Luego fui a la nevera en busca del postre que había preparado. Desde que había vuelto a tener ganas de cocinar, usaba a Asher como conejillo de indias para probar nuevas recetas y él parecía encantado con la idea, aunque más de una vez habíamos terminado los dos llenos de nata o chocolate sobre el suelo de su salón, desnudos y haciendo el amor.

Y no solo había cambiado mi vida sentimental...

Sino también la familiar...

Todo lo ocurrido me había unido más con mis hermanas; aunque Cassie seguía inmersa en sus locuras habituales (ahora se había teñido el pelo de color morado) y Agatha enfrascada en sus estudios, pasábamos más tiempo juntas cuando estábamos todas en casa. Quizás fuese por la ausencia de Caleb, que hacía que nos uniésemos más al pensar en qué ocurriría cuando ellas se marchasen a la universidad el próximo año. O sencillamente porque estaba más receptiva, más abierta en general, con ganas de levantarme cada mañana.

El caso es que el día del cumpleaños de la abuela, mis hermanas se mostraron partidarias de ayudarme a hacer el pastel, que era especial para ella (su preferido siempre había sido de limón con una base de galletas con canela).

—Pásame la espátula, Cassie —le pedí.

—¿Ya está todo listo? —preguntó mamá mientras sacaba del horno la carne—. A esto no le queda demasiado. He dejado hueco en la nevera para que podáis meter el pastel.

—Perfecto. —Le sonreí.

—Toma la canela —dijo Agatha.

Cassie esperó hasta que nuestra madre nos dejó de nuevo a solas al ir a poner la mesa y se inclinó hacia mí con los ojos brillantes y llenos de emoción.

—¿Nerviosa? Hoy es el gran día. Lo haréis oficial.

—Estoy bien —admití.

Llevábamos semanas pasando juntos cada rato libre que teníamos y era... perfecto. Estar con Asher era justo tal y como siempre había imaginado: divertido y emocionante. Pero no solo eso. Con él podía hablar de todo, quedarme despierta hasta las tantas de la noche acurrucada junto a su cuerpo y abrirme sin temores ni dejar barreras alzadas.

Y esperaba que a él le ocurriese lo mismo...

—Esto ya está listo —comenté satisfecha tras añadir unas flores decorativas.

—Ha quedado precioso. No todos los días la abuela cumple 80 años —dijo Cassie feliz—. De hecho, voy a trenzarle el pelo y arreglarla un poco antes de que lleguen los demás.

Mi hermana estaba a punto de salir de la cocina cuando escuchamos unas

pisadas cerca y las voces de alegría de mis padres. Fruncí el cejo. Asher estaba al llegar, pero no tenía sentido que se alegrasen de una forma tan efusiva al verlo...

Salí de la cocina limpiándome las manos en un trapo.

—¡Caleb! —Corrí hacia él en cuanto lo vi y lo abracé.

—¿Qué tal va eso, pequeña?

—¿Cómo es que estás aquí?

Era perfecto. Todo aún más perfecto.

—Bueno, no podía perderme el cumpleaños de la abuela... —Mi madre alzó las cejas y lo miró con cierta desconfianza—. Y, para ser totalmente sincero, me despidieron del trabajo después de que estuviese a punto de incendiar la cocina. —Me llevé una mano a la boca para no reír—. No me quedará mucho tiempo, pero quise pasar a veros.

—Me alegra que estés aquí. —Le sonreí.

Mis hermanas salieron y acapararon su atención de inmediato. Yo contemplé la estampa mientras veía que mi padre se emocionaba y se marchaba del salón para que nadie lo viese. Las visitas de Caleb siempre sucedían cuando menos nos lo esperábamos, igual que los días en los que decidía marcharse en busca de quién sabe qué, porque era evidente que fuese lo que fuese todavía no lo había encontrado. A veces me recordaba a mí misma, solo que él era mucho más valiente y, por el contrario, disfrutaba del riesgo.

En esos momentos llamaron de nuevo a la puerta.

El corazón me latió más rápido al ver que mi madre abría y Asher la saludaba con un beso en la mejilla, justo unos segundos antes de ver a mi hermano a lo lejos.

—¡Mira quién está aquí! —Caleb le dio una palmada en la espalda.

Asher parecía... otra persona. Sacudí la cabeza. O solo era cosa mía. Intenté ignorar aquel pensamiento cuando di un paso hacia él dispuesta a darle un beso y desvelar la sorpresa de aquel día, pero antes de que rozase sus labios, Asher giró la cara y mis labios se posaron en su mejilla. Ni siquiera me miró. Pasó por mi lado como si el día anterior no hubiésemos estado haciendo el amor en su coche, aparcados en un camino escondido en medio del bosque tras pasar la mañana comiendo un picnic cerca del río.

Estaba conmocionada. Me quedé quieta en medio del salón, con el trapo aún en la mano y un montón de ideas sin sentido aturdiéndome. Suerte que mis hermanas aparecieron.

—Oh, Marian, ven aquí. —Cassie me abrazó.

Luego sentí los brazos de Agatha uniéndose a los de ella, en cuanto nos quedamos a solas porque todos habían salido ya para acomodarse en la mesa principal.

—No pasa nada... estoy bien —mentí.

—Estás a punto de llorar. Toma.

Cassie me dio un pañuelo de papel e intentó que no se me estropease el

maquillaje. Yo hice un esfuerzo por mantenerme serena, algo que no fue fácil, sobre todo mientras todos compartíamos el mismo espacio. Asher era el mejor actor que había conocido en toda mi vida. No paró de seguirle el juego a las bromas de mi hermano Caleb durante toda la comida, como si todo lo que hubiésemos vivido hubiese sido una especie de sueño irreal. Me dieron ganas de pellizcarme para comprobar que no me había vuelto loca.

—¿Estás bien, mi cielo? —preguntó la abuela mirándome.

—Claro que sí, abuela. Voy a por el pastel —dije cuando mis padres se levantaron para quitar los platos vacíos de la comida—. ¿Quién va a querer?

Asher no alzó la mano, se quedó mirando el mantel.

Sinceramente, a esas alturas me importaba poco.

Agradecí que se mantuviese a una distancia prudencial, porque tenía tantas ganas de golpearlo que tuve que contenerme en varias ocasiones para no saltar por encima de la mesa como en alguna película de comedia, dispuesta a matarlo con el salero.

—Es un cerdo —dijo Cassie en la cocina.

—Déjalo, prefiero no hablar más de eso.

—Pero, Marian, no puedes permitir que te trate ahora como si no te conociese... es cruel. Deberías plantarle cara. O decirle algo delante de todos.

—Hay batallas que se ganan con una retirada a tiempo.

—Eso es muy cierto —me apoyó Agatha.

Así que eso hice. No hacer nada. Fingí que todo estaba bien mientras la abuela soplaba las velas porque, además, no quería arruinarle el cumpleaños, no se lo merecía. Después sonreí ante los halagos por el pastel y, cuando terminamos de comérselo, me quedé con mis hermanas y la abuela en el porche, a la fresca, disfrutando de una limonada.

No sé cuándo se marchó Asher, porque ni siquiera se despidió.

—¿Y qué piensas hacer ahora? —preguntó Cassie.

—Seguir adelante. No volveré a dejarme caer.

—Me gusta cómo suena eso —dijo Agatha.

—Llamaré al dueño del local e intentaré negociar con él —decidí entonces—. Quizás si consigo que me baje un poco el alquiler, pueda empezar a ser una posibilidad.

—Así se habla. —Cassie levantó su vaso de limonada—. Los Reed nunca nos rendimos.

—Por los Reed. —Agatha brindó con nosotras.

Vi por el rabillo del ojo que la abuela sonreía, pero no dije nada. Me pregunté si en ese momento sería consciente fugazmente de lo que estaba ocurriendo. Ojalá que sí.

Al día siguiente, cuando salí de casa después de comer para cubrir el turno de la tarde en la cafetería, vi que Asher me estaba esperando tras girar la esquina de la segunda calle.

Lo ignoré. Seguí caminando como si no estuviese allí.

—Marian, espera. Venga —me rogó.

—Ni siquiera sé cómo te atreves a venir.

—Sí que lo sabes. Porque te quiero. —Su voz sonaba ronca y, al mirarlo, vi que tenía ojeras y aspecto de no haber dormido en toda la noche. Casi me alegré, porque se lo merecía... Yo tampoco había pegado ojo, aunque me había puesto un poco de corrector disimulado para ir al trabajo y no parecer un zombi—. Deja que me explique.

—Estoy cansada de ponerte en primer lugar.

—Es que no esperaba que tu hermano estuviese allí. —Se revolvió el pelo, como de costumbre en él cuando se inquietaba—. Me puse nervioso y, sencillamente, me quedé paralizado. No supe qué hacer. Estaba bloqueado, pero te prometo...

—Mejor no me prometas nada más.

—Marian, mírame.

Posó sus manos en mis hombros y me impidió el paso.

—¿Qué quieres que vea?

—Que estoy enamorado de ti.

—Ayer me hiciste sentir como si no fuera nada.

—Ayer fui un idiota y hoy me arrepiento tanto que no sé por dónde empezar...

—Puedes empezar por dejar que me vaya al trabajo. Gracias.

Lo esquivé y seguí caminando. Él se quedó atrás, con la mirada fija en la acera. En cualquier otro momento de mi vida hubiese dado marcha atrás y le habría dicho que no pasaba nada, que sí, que seguía confiando en él... pero estaba cansada de dar oportunidades, de esperarlo, de sentir que siempre habría algo que se interpondría y que mi mundo giraba alrededor de él, cuando ya era hora de que empezase a hacerlo alrededor de mí misma.

Así que esa vez no lo hice.

Seguí adelante hasta llegar al trabajo. Como todos los días que podía recordar, la jornada fue de mal en peor. Nada más cruzar la puerta, la jefa me gritó que llegaba tarde.

—No es verdad, son las tres en punto.

—Deberías estar aquí a las dos y cincuenta, como mucho, para evitar correr el riesgo.

—¿Qué importa si sí que llego a mi hora?

—A mí me importa, Marian —insistió.

—De acuerdo... —Intenté zanjar aquel problema y entré en la cocina.

Estaba hecha un desastre, con todas las bandejas del horno por fregar y el suelo pringoso de quién sabe qué.

—¿Qué se te ha caído? —preguntó la jefa.

—Nada, ¡si acabo de llegar!

—El suelo no estaba así.

—Pero... pero...

—Marian, limpia lo que sea que has tirado.

Apreté tanto los labios para evitar contestarle que temí hacerme daño. Estaba ya cogiendo un trapo y buscando la fregona para arreglar aquello cuando escuché de nuevo su voz, quejándose porque aquel día llevase coleta en lugar de un moño, algo que pensaba solucionar en cuanto llegase, pero como todavía no me había dejado ni un minuto libre...

—Es inadmisibile, ya lo sabes.

—Perdona, es que...

Y me callé de golpe, porque, ¿qué hacía pidiéndole perdón? No era justo que tuviese que disculparme. O que me echase en cara que llegaba tarde sin hacerlo. O que me culpabilizase de haber tirado algo en el suelo de la cocina teniendo en cuenta que ya estaba así...

Fue como si algo explotase dentro de mí.

No pude contenerlo durante más tiempo.

—¿Sabes qué? No, no voy a pedirte perdón.

—¿Cómo has dicho? —bramó con su voz aguda.

—Como lo oyes. Estoy harta de disculparme por cosas que no he hecho. Peor aún, estoy harta de este trabajo. —Me quité el delantal que acababa de ponerme y me vi a mí misma como me había imaginado a principios de verano; como una de esas protagonistas fuertes de alguna película. Hice una bola con él y lo tiré a un lado—. Lo dejo.

—¿Dejas qué? —Parpadeó sorprendida, como si no entendiese nada.

—Todo. Este trabajo. Este horrible trabajo —repetí.

—¿Qué tontería estás diciendo?

—Espero que te vaya bien.

—¡Marian, VUELVE AQUÍ!

—Y, por cierto, si alguien me pregunta, pienso decir que no, que lo que se hace en este lugar no es casero, sino congelado. Está bien si es tu decisión, pero no si mientes.

—¡MARIAN! —La vena de su cuello se hinchó.

—Buenas tardes —concluí antes de salir y respirar hondo.

En cuanto enfilé la calle, sonreí. Algo extraño teniendo en cuenta que acababa de quedarme sin trabajo, pero es que creo que hacía siglos que no me sentía tan libre y contenta. La mera idea de no tener que volver a escuchar esa voz gritona a mi espalda o pisar aquel lugar fue como quitarme una piedra enorme de encima.

Me senté en un banco antes de llegar a casa.

Clavé la vista en el cielo y me sentí más tranquila. Pensé que había hecho

más cambios en mi vida durante ese verano que en más de dos años. Me di cuenta de que, a veces, somos nosotros los que debemos romper esa rutina en lugar de esperar que ocurra algo que lo desencadene. Yo lo había hecho y estaba orgullosa por ello, porque prefería lo que tenía ahora, aunque estuviese sin trabajo, finalmente sin novio y caminando por la cuerda floja, antes que seguir sumida en una existencia gris y sin ningún tipo de emoción.

Suspiré hondo cuando me levanté de nuevo y regresé a casa.

—¿Qué haces aquí? ¿No trabajabas esta tarde? —preguntó Caleb al verme. Estaba poniéndose una porción del pastel que había sobrado del día anterior.

—Cambio de planes. He dejado el trabajo.

—Vaya, será que te lo habré pegado.

—¿Me lo has pegado? —Me reí.

—Como no se me da bien lo de mantener los empleos...

—En mi caso ha sido por una buena causa. Ya era hora.

—Entiendo. —Me revolvió el pelo—. Por cierto, este bizcocho está increíble. Deberías dedicarte a lo que mejor sabes hacer. El mundo te lo agradecería.

—Quizás lo haga —dije más calmada que nunca.

—¿En serio? —Me prestó atención.

—Sí, hay un local interesante y bastante céntrico. Hoy voy a descansar, pero creo que mañana llamaré al dueño a ver si puedo conseguir que me ajuste

un poco el precio.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó.

—No, pero gracias. Además, seguro que te irás pronto.

—Sí, no creo que me quede más de una o dos semanas.

—¿Y cuál es tu próximo destino?

—¿Quién sabe? Pero teniendo en cuenta que huyo del frío, puede que termine en California o en algún lugar cálido. Aún no lo he decidido del todo.

Mis hermanas entraron en la cocina en ese momento.

Cassie iba vestida con una falda de colores y gafas de sol. Agatha, por el contrario, llevaba unos vaqueros oscuros y una camiseta negra y sencilla a juego con la montura de sus gafas de pasta. Me miraron unos segundos antes de caer en la cuenta de que estaba allí.

—¿No trabajabas?

—Sí. En pasado, bien dicho.

—¿Has dejado el trabajo? —Cassie dio saltitos.

—No sé si es para celebrarlo así, pero sí —asentí.

—¿Eso significa lo que creo que significa? —preguntó Agatha.

—Si te refieres a que voy a intentar montar mi propio negocio, sí.

—Vale, creo que necesitamos organización. Caleb, despeja la mesa. Cassie, ve a por la carpeta que está en la mesa de Marian. Yo cogeré el portátil, llevo ya días trabajando en ello.

—¿Trabajando en qué...? —La miré alucinada.

—Tu plan de negocio. Necesitas uno.

—Pero, Agatha... —Me eché a reír.

—¿Qué? Me aburría entre temario y temario. —Se encogió de hombros, como si fuese lo más normal del mundo. Caleb y Cassie no tardaron en regresar con todo lo que ella les había pedido—. Bien. Todo lo relacionado con las gestiones en el ayuntamiento lo tengo controlado, necesitas pedir varios permisos, podemos ir esta próxima semana.

—Dios mío, Agatha. —Estaba alucinada.

—En cuanto al tema económico, llamé hace unos días al dueño.

—¿Hablas en serio? —No me lo podía creer.

—Claro. Cassie habló, todos sabemos que cae mejor de primeras. —Le guiñó un ojo a su hermana, que asintió sin modestia alguna—. Ha accedido a bajar el precio durante los primeros dos años. Si luego la cosa va bien, se hablaría. Es una buena opción.

—Y tanto —asentí con una sonrisa.

—Ahora bien, lo que más lo encarece todo es el asunto de la reforma. Necesitamos preparar el local, que la decoración sea atractiva, que el sitio cumpla todos los requisitos...

—Lo sé, pero también he pensado en hacerlo poco a poco.

—No sé si es una buena idea, perderías en vano el alquiler hasta que el local estuviese listo para abrir. Creo que es fundamental que se inaugure lo antes posible para empezar a generar ganancias. —Sacó algunos documentos

en su ordenador.

—Ahora mismo... estoy demasiado alucinada con todo...

—Sí, descansa. —Cassie me dio un beso al pasar por mi lado.

Me tomé el resto de la tarde libre, viendo la televisión al lado de la abuela.

Luego, durante los siguientes días, hice algunas gestiones en el ayuntamiento acompañada por Agatha, que parecía estar al tanto de cualquier inconveniente que pudiese surgir. También quedamos con el dueño del local y llegamos a un acuerdo, así que no tardé en tener las llaves en la mano, algo que apenas podía creerme.

¿De verdad había pasado de trabajar en aquel lugar terrible a sostener de repente las riendas de mi vida? Me daba pavor y, al mismo tiempo, me hacía sentir orgullosa y llena de ganas de empezar. Cociné más que nunca. Tanto, que la noche que mi madre me encontró enfrente del horno a la una de la madrugada me lanzó una buena reprimenda.

—¿Qué haces despierta a estas horas? Marian...

—Ya lo sabes, tengo que perfeccionar algunas recetas.

Mis padres estaban encantados con la idea de que me hubiese atrevido a cumplir mi sueño e incluso me habían ofrecido dinero en varias ocasiones, pero de momento me había negado. Quizás en el futuro sí terminase necesitando que me echasen un cable.

Mi madre se sentó en la mesa, a mi lado.

—Es la una de la madrugada. Deberías estar descansando.

—Ya tendré tiempo para eso. —Suspiró hondo.

—¿Estás bien, cariño? —Me preguntó.

—Sí, ¿por qué lo preguntas?

—No lo sé, tengo la sensación de que estás ocultándome algo. Ya sabes que las mujeres de esta familia somos muy intuitivas. Me lo pegó la abuela. —
Sonrió con dulzura.

—Mamá, no me ocurre nada. —Suspiré, a punto de rendirme, pero sacudí la cabeza.

No quería hablar de él, especialmente ahora que sabía que solo había sido un pasatiempo fugaz. No había vuelto a verlo. No había intentado contactar conmigo. Y, desde luego, no sentía ese vacío en el pecho cada vez que pensaba en mí. Yo, por el contrario, me mantenía fuerte durante el día y me acostaba cada noche llorando. No entendía cómo podía echarlo tanto de menos. Ni siquiera habíamos vuelto a cruzarnos por Beaufort. Había evitado dejarme caer durante el fin de semana por el local al que acudíamos asiduamente, porque no soportaba la idea de encontrármelo allí cogido de la mano de su lío de turno, y Julia y yo nos habíamos quedado toda la noche comiendo palomitas y viendo películas románticas que no le hacían ningún bien a mi salud mental. El resto de los días, no habíamos coincidido y, por supuesto, ni se me había ocurrido pasar por delante del taller donde trabajaba.

Era mejor así, evitarlo hasta que sanase la herida y dejase de doler.

Si es que algún día paraba de hacerlo, porque empezaba a pensar que, a este paso, nunca ocurriría. Me había decepcionado y, aun así, seguía queriéndolo cuando pensaba en él.

—Vete ya a la cama, entonces —dijo mamá.

—Quería ver cómo salía la textura de este.

—Mañana lo pruebas.

—No lo es lo mismo.

—Está bien, pues me quedaré contigo hasta que esté listo.

—No es necesario, mamá —protesté.

—Prepararé una manzanilla, ¿quieres un poco?

Terminé sonriendo, porque sabía que a terca nadie ganaba a mi madre y al final asentí. Nos quedamos allí un buen rato, en silencio a veces y en otros momentos hablando de cualquier cosa, simplemente haciéndonos compañía. Pensé que, algún día, me encantaría tener una familia como la que mis padres habían creado, una como la de los Reed, con varios hijos que se necesitasen entre sí como mis hermanos y yo lo hacíamos, y con un matrimonio lo suficiente sólido como para superar todas las adversidades.

—¿En qué piensas, cariño? —preguntó mamá.

—Nada. —Sacudí la cabeza—. En sueños imposibles.

Era un sábado cualquiera cuando me desperté al escuchar unas risitas a mi alrededor. Abrí los ojos despacio, cansada porque la noche anterior me había quedado hasta tarde sentada junto a la abuela que, al parecer, no podía dormir y se negaba a meterse en la cama.

—Venga, dormilona —dijo Cassie con alegría.

—¿Qué pasa? —Me di la vuelta y hundí la cara en la almohada.

—No, nada de cinco minutos más, tienes que levantarte ya.

—Cassie, ¿qué estás...? —Pero me quedé a medias porque, cuando levanté la cabeza, vi que toda mi familia parecía haberse reunido en mi dormitorio—. ¿Ha ocurrido algo?

—No seas alarmista. Y sí, ha ocurrido algo, pero es bueno —apuntó Cassie.

—Vamos con diez minutos de retraso —se quejó Agatha.

—¿De retraso para qué? —pregunté.

—¿Quieres levantarte de una vez? —Me sermoneó mamá como si volviese a tener doce años. Sin embargo, obedecí. Me puse en pie todavía un poco aturdida y dejé que mi hermana Cassie parlotease sin cesar mientras me decía que me pusiese esos vaqueros que me hacían el culo respingón y la camiseta que había dejado preparada sobre el respaldo de la silla de mi

escritorio. No tenía ni idea de qué estaba pasando, pero era evidente que ellos sí.

Respondí como un autómata, siguiendo todas y cada una de sus indicaciones. Cuando bajé al salón, ya tenía encima de la mesa preparado un zumo de naranja, un café con leche y una tostada que mi madre insistió en que me comiese cuanto antes.

—Y date prisa. Venga, traga —añadió.

—¿Os habéis vuelto todos locos? —grité con la boca llena.

—Iremos en mi coche —anunció mi hermano Caleb, como si yo tuviese siquiera una mera idea de lo que estaba ocurriendo—. Pero antes... —Se sacó del bolsillo un pañuelo de color azul y se acercó a mí por detrás—. Lo siento, tengo que vendarte los ojos.

—¿¡Qué!? Ahhh. —Tiró mi cabeza hacia atrás para tener mejor acceso. Aún tenía restos de la tostada entre los dientes y ni siquiera le había dado un sorbo al zumo de naranja.

A partir de ese momento, todo se volvió oscuro.

Maldije por lo bajo, lo que desató algunas risas.

No entendía qué estaba pasando. Ni era Navidad, ni mi cumpleaños ni ninguna festividad que pudiese recordar. Todavía confundida, dejé que mis hermanas me cogiesen cada una de una mano y me guiasen hasta el exterior, seguidas por mis padres, la abuela y Caleb. Nosotras subimos con él en su coche y los demás fueron en el de mi madre.

—¿Podemos dejar ya este jueguito? —me impacienté.

—Qué va, si es lo mejor de todo —bromeó Cassie.

—Cassie, te juro que me vengaré.

—No puedes vengarte de toda la familia.

—Oh, sí que puedo. Te recuerdo que soy la que hace los pasteles y siempre podría dejar caer accidentalmente unas gotas de laxante —la amenacé entre dientes.

Solo conseguí que se desatasen más risas a mi alrededor.

Suspiré hondo y me rendí ante lo evidente: no iba a conseguir que hablasen antes de tiempo. Así que, durante el cortísimo viaje en coche, me limité a quedarme callada y quieta, sujetándome con la mano al manillar de la puerta hasta que paramos y me ayudaron a bajar.

Estuve a punto de tropezar con el bordillo tras dar unos cuantos pasos, pero unas manos me sujetaron por la espalda. El problema es que esas manos... me recordaron a alguien, por increíble que pudiese parecer. Puede que no fuesen las manos en sí, sino la manera que tenían de sostenerme, como si lo hiciesen con delicadeza y contención.

Tragué saliva, nerviosa, y sacudí la cabeza.

No sé por qué pensaba en él en ese momento. Me propuse disfrutar de lo que fuese que mi familia me hubiese preparado. Oí que se abría una puerta y luego mis hermanas me soltaron, pero no lo hicieron esas manos que seguían en mi cintura, guiándome.

Avancé a tientas, presa de la intriga...

Entonces, un soplo de aire cálido me rozó la oreja cuando la persona que tenía a mi espalda y que me sujetaba, se inclinó sobre mi hombro.

—Espero que te guste —susurró Asher.

Me temblaron las rodillas al instante, pero no tuve tiempo de analizar más a fondo qué estaba ocurriendo (¿por qué él estaba allí?, ¿cómo era posible que siguiese afectándome tanto escuchar su voz?), porque en ese momento él me desató el pañuelo con cuidado y lo dejó caer. Parpadeé un par de veces para acostumbrarme a la luz y entonces... me eché a llorar.

—¡SORPRESA! —gritaron todos al unísono.

No solo estaba mi familia, sino también Julia, nuestros vecinos y algunos conocidos más del pueblo. Y todos se encontraban reunidos en la cafetería-pastelería más bonita que había visto en toda mi vida, porque no era solo preciosa, sino exactamente tal como la había imaginado, casi hecha a mi medida. Mejor dicho, hecha a mi medida. Me di cuenta de eso cuando caí en la cuenta de que todo era justo como un día se lo describí a Asher mientras cenábamos en el salón de su casa: la barra blanca dividiendo el lugar, las pocas mesas a la derecha, los tonos decorativos en azul en contraste con los colores más neutros...

Me giré. Mi familia parecía tan contenta que no supe que decir. Y él... estaba mirándome con esos brillantes ojos azules de los que era incapaz de apartar la vista. Empecé a ponerme nerviosa. ¿Qué significaba aquello? ¿Qué

estaba ocurriendo...?

—Yo... no sé qué decir... —balbuceé confundida.

—Di que te encanta —bromeó Cassie dando palmas.

—¡Y que lo perdonas! —añadió Agatha de repente.

—Pero... —Fruncí el cejo, sin saber qué estaba pasando, qué sabían ellos que me había perdido... Aunque lo entendí rápido en cuanto miré a mis padres, que parecían encantados con la situación, por no hablar de la sonrisa temblorosa que cruzaba el rostro de la abuela Agnes. Y Caleb... Caleb estaba justo al lado de Asher, pasándole una mano por los hombros.

—Puedes estar tranquila. Me he asegurado de que, si vuelve a hacer una gilipollez semejante, sepa que terminará muerto. Y enterrado. En algún lugar recóndito.

Vi que Asher le sonreía agradecido. Me enjuagué las lágrimas, pero fue una tontería, porque no podía dejar de llorar. No me merecía aquello, no me merecía tener a todas esas personas increíbles a mi alrededor... Aunque en esos momentos solo tenía ojos para una.

—Asher...

—Siento haber sido un idiota.

—Todo esto. —Di una vuelta a mi alrededor—. ¿Es cosa tuya?

—No, no todo —se inmiscuyó Caleb—. Yo ayudé con la reforma.

—Y yo —intervino papá.

—Nosotras nos ocupamos de la decoración —dijo Cassie.

—Y tuvimos que encargar algunas cosas —admitió Asher—. Pero sí, lo hemos hecho entre todos, porque creemos en ti y en este proyecto...

No lo dejé que siguiese hablando, porque un segundo después me lancé hacia él, que me acogió entre sus brazos. Noté cómo se me enrojecían las mejillas cuando me sujetó el rostro entre las manos y me besó delante de toda mi familia. Con decisión. Con pasión. No quería soltarlo. Tenía los brazos alrededor de su cuello y la idea de separarme de él me resultaba de repente aterradora, como si estuviese a punto de irse a la guerra.

—Creo que mejor los dejamos a solas —comentó mamá.

—Sí, admito que esto es demasiado para mí —oí que decía Caleb, haciendo reír a mis hermanas y al resto de los que habían asistido a la corta inauguración.

Por el rabillo del ojo, sin dejar de abrazar a Asher, vi que la abuela se giraba en el último momento, justo antes de salir por la puerta, y me guiñaba un ojo, como si acabase de tener uno de esos instantes de lucidez que tan poco le duraban.

Suspiré, todavía llorando.

—Hey, basta ya. —Asher se apartó de mí y me limpió las mejillas—. Cualquiera pensaría que esto es un funeral en lugar del inicio de un sueño.

—Gracias por todo. —Me lo comí a besos.

—Me gusta tu forma de agradecerme.

Asher se rio y, ahora que estábamos a solas, me devoró la boca de una

manera distinta, mucho más profunda e intensa, consiguiendo que gimiese cuando me alzó entre sus brazos y me sentó en la barra que atravesaba la estancia.

—Puede que esto sea muy poco profesional... —dijo jadeando, colando sus manos bajo la camiseta que me había puesto aquella mañana—. Pero creo que deberíamos estrenar este sitio y, más en concreto, esta barra —concluyó buscando el botón de mis vaqueros.

—Me parece bien. —Me reí como una adolescente.

—Te he dicho ya que lo siento, ¿verdad? —preguntó cuando consiguió quitarme la camiseta y dejarla caer al suelo—. Porque lo digo completamente en serio. Fui un idiota. Me pilló por sorpresa y estaba bloqueado... Pero te quiero. Mucho. Muchísimo.

—Yo también a ti —susurré ansiosa—. Mi chico de ojos azules...

—¿Qué has dicho? —preguntó arrugando la frente.

—Nada. —Tiré de él hacia mí—. Tú solo sigue besándome.

Y entonces no pude evitar sonreír al recordar esa tarde de verano en la que la abuela supo que algún día estaríamos juntos. Que, tarde o temprano, Asher y yo estábamos destinados a encajar y a caminar por un mismo sendero.

FIN.

Próximamente...

“Agatha y el chico de los tatuajes”

Cuando Agatha descubre que el chico malo ha vuelto al pueblo, sabe que debe mantenerse alejada de él porque Daniel Kurt es todo lo que ella no ve con buenos ojos. Sin embargo, el destino no juega a su favor, y los dos terminan encerrados en la pequeña biblioteca durante una noche de tormenta. Sin cobertura ni nada mejor que hacer, Agatha y Daniel comienzan a conocerse. Y ella no puede evitar la creciente curiosidad... ¿Qué hace rodeado de libros? ¿Son ciertos los rumores que dicen sobre él? ¿Y por qué empieza a sentirse alterada ante su presencia y esos tatuajes que recubren sus brazos cuando es el último hombre en el que se fijaría?

SERIE LA FAMILIA REED



NOTA DE LA AUTORA:

Me preguntáis a menudo cómo podéis enteraros de las fechas de salida y estar al tanto de todas las novedades.

Podéis encontrarme en Facebook o Instagram con mi nombre, allí os aviso de todos los proyectos que voy haciendo y anuncio portadas y sinopsis. Muchas gracias por leerme.

A continuación, os dejo el listado con algunas de mis novelas:

Serie Seduciendo...



Bilogía Tentaciones...



Serie Besos...



Serie Chicas Magazine...

*La chica que
soñaba con
un anillo*



Olivia Kiss

*La chica
de los
deportes*



Olivia Kiss

*La chica
y la
bestia*



Olivia Kiss

*La chica
que perdió
su zapato*



Olivia Kiss

*La chica
que quería
ser princesa*



Olivia Kiss

Otras novelas...

